

**Carlos Suárez
Veintimilla**

OBRA POÉTICA
TOMO II

TIERRA MIA



**Centro de Ediciones
Culturales de Imbabura**

IBARRA, 1995

Carlos Suárez Veintimilla

Obra poética, tomo II
TIERRA MÍA

Impreso y hecho en el Ecuador

Diseño gráfico y supervisión editorial:

Patricio Negrete Reyes

Levantamiento y armado: Grace Sigüenza H.

Cubierta: Edgar Vega

Impresión: Editorial Ecuador, Santiago 367, Quito.

ISBN obra completa: 9978-9910-6-9

ISBN tomo II: 9978-9910-7-7

Derechos de autor

Inscripción: 009023

Depósito legal: 000785

Es propiedad:

CENTRO DE EDICIONES

CULTURALES DE IMBABURA, 1995

Flores 713 • Apartado Postal 729 • Tf. 954985

Ibarra-Ecuador

1995 08

El Centro de Ediciones Culturales de Imbabura

Es una entidad sin finalidad de lucro destinada al desarrollo de la educación, información y cultura de la provincia y el país. Sus actividades fundamentales son las ediciones de obras de autores imbabureños, la publicidad y distribución de órganos periódicos de prensa, y la investigación sociocultural. Tiene su sede en la ciudad de Ibarra.

CONTENIDO

Nota editorial	9
I. Posesión	
Posesión	13
Agua y tierra	
Tierra mía	14
Lluvia	16
Páramo	18
Flores de páramo	20
Cascada Inés María	22
Río Cachiaco	23
Corriente serena	24
Voces de soledad	
Río I	26
Río II	27
Cuerda	29
Desde esta colina	31
Espera	33
Tren	35
Eucalipto	37
El tequendama	38
Chorrito de agua	40
Campanarios	42
Casona blanca	45
Paisaje	47
Viento del sur	49
Tierra nativa	52
Campo	54
Catedral de Lausanne	56
Catedral de Berna	57

II. Hermanos pequeños		El alma de la tarde	
El buey	61	Alta noche	
El burrito	62	Tus noches	1
Perro sin dueño	63	Noche de luna	1
Mi gorrión	64	Noche estrellada	1
Gorriones	65	VI. Las horas	
Luciérnaga	67	Las horas	1
III. Montañas		VII. Mar	
Montañas	71	Mar toscano	
En la cumbre	73	Montero	
En el refugio del Chimborazo	75	Mar	14
Cayambe	77	Como esa roca	19
Montaña	78	Nostalgia	14
Al filo del monte	80	Nostalgia del mar	14
Madrugada en la cumbre	82	Playa	14
IV. Lagunas		Vísperas	14
Lagunas del voladero	85	Navío	14
Cunro	89	Marinero	15
Proanta	90	El alca	15
San Pablo	91	Veleros	15
Yahuarcocha	92	Noche del mar	15
Mojanda	94	Silencio del mar	15
Cuicocha I	96	La gaviota	15
Cuicocha II	98	Piloto	16
Cubilche I	99	VIII. Inspiración	
Cubilche II	100	Inspiración	169
V. Tiempos		Yo te bendigo	169
Madrugada	103	4 tiempos	169
Amanecer	105	Plegaria por una estrella	169
Atardecer	107	Parábola	170
Ocaso I	110	Poesía	172
Ocaso II	111	El puente	173
		Vuelo	174

Alondras	175
Nieve	176
Nevada	178
Ventana al Tiber	180
Mañana de invierno	180
Canción escondida	182
Mi canto	184
Sinfonía del camino	186
Cesto	187
Ensueño	188
Canto de la noche	189
La carpa	191
La casa	193
Morral	196
El cofre	197
El violín	198
Música	200
Alondra herida	201
 El autor	 203

NOTA EDITORIAL

Carlos Suárez Ventimilla se retrata en su poesía. Es un hombre profundo, sencillo y directo. Quienes lo ven por primera vez, luego de haberlo leído, lo reconocen como se lo habían imaginado. Quienes primero lo hemos conocido y hemos leído luego su producción, la sentimos muy dentro, porque hemos entablado una relación de cariño intenso con él. Por ello una nueva edición de su obra era una urgencia para unos y para otros. Pero también lo es para quienes no lo conocen personalmente ni lo han leído antes, porque su creación literaria es ya a estas alturas patrimonio de nuestra cultura nacional.

Carlitos es un hombre de múltiples oficios e innumerables facetas. Es un incansable promotor de obras pastorales y sociales; es un maestro de vocación y largos años de ejercicio; es un buen conversador, ameno y bien informado; es, como lo atestiguan varias generaciones de funcionarios públicos, un palanqueador persistente y eficiente; es ayudador compulsivo, siempre generosamente dispuesto a ofrecer las colaboraciones más inverosímiles; es, en fin, alguien que en la vida ha tenido que ser una que otra vez, por gusto o necesidad, periodista, arquitecto, consejero matrimonial, orador de ocasión y árbitro de fútbol. Pero más allá de ello, el hombre es ante todo y sobre todo, sacerdote y poeta. Su obra fundamental se enmarca en estas sus dos grandes vocaciones, que en realidad son una sola.

La obra de Carlitos Suárez ha permanecido crónicamente agotada. Se han impreso pocos de sus libros, se han distribuido muy limitadamente y se han agotado pronto. Esta colección pretende solventar, al menos en parte, esa realidad. El Centro de Ediciones Culturales de Imbabura se propone recoger, en varios volúmenes, su producción literaria, no solo como un tributo a su persona, sino como un homenaje al más alto exponente de la literatura provincial.

Esta serie contiene tres volúmenes de la obra poética del autor. El primero está fundamentalmente dedicado a su poesía religiosa, el segundo contiene sus producciones dedicadas a nuestra tierra, el tercero recoge las composiciones dedicadas a nuestra gente y a nuestras cosas. Se espera estructurar un cuarto volumen que recoja la crítica literaria sobre el autor. El ordenamiento adoptado para la obra en los diversos volúmenes ha sido hecho por el propio autor.

Al presentar esta obra al público, cumpla el grato deber de expresar el agradecimiento más sentido al Centro de Ediciones Culturales de Imbabura, de manera especial al Ing. Edmundo Carrión, Presidente, y al Sr. Fausto Yépez, Vicepresidente; a la Corporación Editora Nacional, en cuyos talleres se preparó la obra, y a Patricio Negrete y Grace Sigüenza, que realizaron los trabajos editoriales. En cuanto a mí, que por encargo del Centro de Ediciones asumí con cariño y devoción la organización de la obra y la supervisión editorial, me queda la satisfacción inmensa de saber que la palabra de Carlos Suárez Veintimilla volverá en estas páginas a oírse una vez más, serena, profunda, segura.

Enrique Ayala Mora,
Ibarra, diciembre de 1994.

I

Posesión

POSESIÓN

Toda esta azul mirada inmensa y alta,
toda esta verde soledad tranquila,
y este silencio tenue y palpitante
de la tierra serena que respira,
y esta tierra cercada . . .
toda esta tierra que no es mía, es mía!

Y el diálogo en voz baja de los árboles,
y el estremecimiento de la brisa,
y el quedo murmurar de esa agua oculta
que en su voz se revela fresca y limpia,
toda esta tierra extraña
que habla con voz amiga,
no la ha comprado a nadie mi pobreza,
y sin embargo es mía.

Riqueza millonaria la del alma
que posee y domina
el alma de la tierra y de las cosas
y su esencia más íntima,
sólo con un mirar sereno y puro
y una palabra amiga.

AGUA Y TIERRA

TIERRA MÍA

Tierra mía
la de los días claros de la infancia.

Les dio tu cielo la lección primera
de azul a mis pupilas asombradas,
los primeros anhelos a mis labios
y los primeros sueños a mi alma.

Tu cielo abierto y limpio
—oriado de montañas—
que ha puesto sus azules transparencias
sobre las quietas aguas
de tus once lagunas,
donde a la incierta luz de la mañana
dejan el total las gallaretas
rozando el agua con sus negras alas. . .

Le dio el paisaje su lección primera
de música a mi alma,
en las múltiples voces de tus pájaros,
en el murmullo de las aguas mansas
de tu claro Tahuando,
en los vientos que peinan con sus alas

los pajonales tristes de los páramos
y en la lluvia que cuenta, llora y canta.

Y me dieron lección de paz tus campos:
en los hilos de agua
que parece que temen hacer ruido;
y en la gran soledad desnuda y amplia;
y en el árbol que se alza solo y triste
en medio de la chacra
y mira más allá de los cercados;

y en los húmedos ojos de las vacas
que rumian el recuerdo de sus hijos
con una especie de ternura mansa. . .

Y le dio tu alma ingenua la primera
lección de amor al corazón sin ansias. . .

Yo amaba, tierra mía,
la torre del reloj, vieja y gastada;
la pila pobre y simple
de la plaza
donde las aguadoras de mi tierra
en tus claras mañanas
llenan los puños frescos y armoniosos
del agua musical de la montaña.

Tierra mía,
la de los días claros de la infancia.

Tierra mía
que, cuando me alejaba,
me dijiste un adiós en esas nieblas tristes
que entre las gasas trémulas del alba
hacen la cumbre blanca del Cayambe
más brumosa y lejana.

las altas manos quietas de los árboles,
el paisaje que sueña, como un niño.

Espera aquí. Cuando la lluvia
se haya callado, y vuelva el sol a los caminos
cuando abras mi puerta, donde vayas,
déjame ir contigo.

LLUVIA

El arco gris del puente
está tocando en el violín del río
una música que viene desde lejos
hecha de gritos
caídos en el agua, y de esperanzas
que en la corriente azul se van al infinito.

De su cuerno de plata, la cascada,
en monótono ritmo
deja caer su melodía triste
—anhelos que se lanzan al vacío—.

La lluvia toca, con sus dedos ágiles
la marimba de las piedras en el río.
Está abierta mi puerta: ven, Señor! que afuera
está haciendo frío.
Tiende sobre mi corazón tus dedos
ateridos,
y haz plenitud de soledad colmada
mi vacío,
y de mi ventana contemplemos
el cielo perla, diáfano, —un gran ángel dormido—,

PÁRAMO

Ni ciudad, ni montaña,
ni campanas, ni pájaros.

Sólo horizonte que no acaba nunca,
triste y lejano.

Sólo las nubes
pisan el pajonal desmelenado,
y pasan como sombras
sus pies descalzos.

Reino inmenso
en que el viento es el amo
—con fronteras de frío,
de soledad, de espanto—.

El estremece las bravías hojas
o se queda en las rocas, contemplando;
azota los caballos, y se queda
ante las flores mínimas, temblando.

El sólo grita en el desierto mudo
su sollozo sin fin, desamparado,
que alguna vez se amansa
en dulzura de canto.

El viento grita
triste y lejano.

Una cortina gris de lluvia envuelve
el desierto del cielo y el del llano:
parece que lloviera en todo el mundo
sin descanso.

Y en la música gris de esta tristeza
se va durmiendo el páramo
triste,
lejano.

FLORES DE PÁRAMO

—Flores del páramo,
oh corazones tímidos e ingenuos,
diminutas pupilas abismadas
de horizontes inmensos.

Flores de hojas bravías,
suavidad erizada de recelos:
estrellas recostadas en la paja,
mimadas de los vientos,
dulces hermanas mínimas
de las del cielo:

llevad a la ciudad ardiente y muelle
vuestro pudor erguido en el desierto!

—No nos lleves . . . : no amamos a los hombres
hundidos en el cieno.
Los amamos tan sólo
cuando van, al andar este desierto,
ante la muda soledad, callados,
rumiando sus secretos pensamientos,

y los caballos van bebiendo, a sorbos,
las distancias y el viento.

—Se marchitan tan pronto
las flores de los huertos!
No tienen esta indómita frescura
ni este color de páramo y de cielo;
no tienen en sus ojos
este mirar purísimo e ingenuo,
ni han oído bramar atormentados
en sus carreras locas, a los vientos . . . :

han aprendido mucho de los hombres
y son menos dulcísimo misterio . . .

Oh flores de este páramo,
frescura virginal sobre el desierto,
tenaces, inmortales,
flores para el recuerdo!

—No . . . Déjanos! No amamos
las ciudades comidas por el tedio.
Déjanos respirar todas las auras,
y jugar con los vientos,
oir al pajonal que nos arrulla,
y mirar las montañas y los cielos,
y ser, en esta soledad inmensa,
la sonrisa intocada del desierto.

CASCADA INÉS MARÍA

Frágil nombre de espuma que sonrío
en la negrura del peñón arisco.

Llega cantando
el coro blanco y tímido del río.

Y entre la sombra triste de las piedras,
y el hosco precipicio,
y la angustia del cielo
y el aire suspendido,

rompe el cristal medroso del silencio
un grito:

coro de voces límpidas que estallan
en horror infinito,
grito en que vuelan las gargantas rotas
al negro abismo,

y sólo queda un coro blanco de ángeles
cantando en el vacío.

RÍO CACHIACO

Cuanto tiempo había estado
el corazón sin luz, cerrado y frío,
sin tener nada tan abierto y ancho
y tan hondo y sencillo
como este estar a solas, de rodillas,
en la piedra del río.

Viendo la erecta lentitud del bosque,
sin ansias de subir, sin paroxismos,
dándose tiempo para largos éxtasis
ante el cielo y el río.

Viendo las piedras que en mitad del agua
se han detenido
ante el encanto virgen de la selva
antes de ir rodando a su destino.

¿Por qué tan sólo el hombre
corre sin paz, donde no sabe él mismo,
sin darse nunca tiempo para el éxtasis,
si en todas partes estás Tú, Dios mío?

¿Que me dieras, Señor, todos los días
el rostro fresco y limpio
de esta mañana a solas, de rodillas
en la piedra del río!

CORRIENTE SERENA

Bandada de recuerdos,
ronda de golondrinas,
dulces voces lejanas
de tantas cosas idas!

Caminos que a lo lejos
apenas se divisan,
—por los que llevó el alma
sus penas y alegrías—.

Ha devorado el tiempo
la costra de los días,
y ha dejado en mis manos
la substancia más íntima:

los afectos más puros,
las miradas más limpias,
lo más hondo y durable
que me diera la vida.

Siento que huye cantando
la corriente del día:

y los ojos azules
de sus aguas tranquilas
quedan viendo en mis labios
esa misma sonrisa

de serena esperanza,
de dulzura tranquila,
más tenaz que el espacio
y que el tiempo y la vida.

VOCES DE SOLEDAD

RÍO I

Río breve la vida:
entre playas inmensas
frágil agua profunda.

Río que va gritando,
y de pronto se calla
cual si estuviera seco.

Cuando no quede nada
en las manos inútiles
pasaremos el río.

Cuántas cosas se han ido
sobre el grito sin eco
del río que no vuelve!

Voy a tirar ahora
mi corazón entero
hacia la opuesta orilla,

para vivir en paz
con las plantas acá,
con los ojos allá.

RÍO II

Río infantil de mi tierra,
pequeño y tímido,
que en la quebrada destrenzas
tu tenue hilo;

y vas, dulce y asombrado,
al mar, al mar infinito,
y te vas cantando solo
un sollozo o un trino.

Y los hombres no se paran
a oírlo,
porque no entienden tu canto
claro y sencillo.

Mi río amigo, yo vengo
a estar contigo,
a unir al tuyo mi canto
rudo y sencillo.

Porque ambos, así, nos vamos
al mar, al mar infinito,
vamos cantando solos
un sollozo o un trino.

No cantamos porque nadie
venga a oírnos:
vamos cantando asombrados
como dos pobres niños.

CUERDA

El río corta el paisaje
como una sonora cuerda:
desde la montaña al mar
las manos de Dios la templan.

Un solo canto que huye
y un solo canto que llega:
canta de la alta montaña
las suaves nieves maternas;

el camino de murmullos
fragantes de la arboleda;
los cantos que le enseñaron
los pájaros de la selva;

el verso azul de ese cielo
que entre sus cristales tiembla,
y las voces imposibles
del inmenso mar que espera.

Las soledades del llano
se asoman por la ladera

para escuchar de las aguas
la limpia canción ingenua.

Cómo no quedarse así,
en silencio, en la ladera
—callar mis pobres palabras
que tienen sabor de tierra—

y oír esta cuerda clara
entre las manos eternas?

DESDE ESTA COLINA

Es desde esta colina: aquí soy dueño
de este mundo.

y me construyo aquí mi soledad con estos
diáfanos muros:

con el agua del río que se lleva
al mar el sueño de los campos mudos.

Con el viento travieso
que juega al mar con el tragal maduro.

La tarde que se lleva
las ovejas doradas del crepúsculo
a algún río lejano
de otro mundo.

Y este horizonte abierto para un viaje
sin rumbo.

Sobre el verde temblor de la arboleda
este ardiente silencio azul profundo,
y un silencio de estrellas
claro y desnudo.

Todo era soledad aquí, Dios mío!,
silencio puro.
Me perdonas el que haya aquí traído
mis ojos húmedos?

Por eso, así voy a sentarme solo,
quieto y mudo;
y coger en mis labios todo este
silencio puro;

y toda esta belleza clara y diáfana
en mis ojos oscuros,
y alzar, en muda adoración, al cielo
el cristal de estos muros.

ESPERA

Señor!, cuando hiciste las cosas
Tú viste que eran bellas.

Pero no te contentaste con verlas desde el cielo.
Y quisiste mirarlas de cerca.

Saber cómo las miramos nosotros con nuestros ojos deslum-
ver cómo nace el sol y despierta la tierra. [brados;

Ver desde aquí abajo el milagro del lucero del alba,
la luna que los campos extáticos blanquea.

Gozar del canto puro de los pájaros,
la linterna fugaz de las luciérnagas;
pero junto a nosotros, oliendo la fragancia de las flores
y hablando nuestra lengua.

Así has querido quedarte en nuestra Quinta,
y has levantado tu pequeña tienda
tendida bajo el cielo
y sujeta con cuerdas.

Esto está todavía muy desnudo.
Pero verás, Hermano, cómo tu presencia
nos va a animar a trabajar felices,

para que pronto veas
brotar las flores y los dulces frutos,
y escuches el rumor de las colmenas,
el mugido solemne de las vacas,
los trinos de los pájaros. . . Espera!

Y tú, en cambio, en el surco
de nuestra juventud que a tí se entrega
prepararás el trigo y los racimos
en los que te darás al mundo que te espera.

Tan sólo te pedimos que te quedes.
Cuando la tarde caiga, y en las sendas
anden las sombras con los pies descalzos
y asome la cabeza de la primera estrella,
nos reunamos callados
en torno de tu tienda,
y nuestra fe sencilla
en el partir del pan, feliz, te vea!

TREN

Pasan con el instante los paisajes,
fugaz belleza
que besó levemente las pupilas
agrandadas de ausencia.

Altas guadúas junto a un agua clara
se balancean.

En el paisaje verde, denso, ardiente,
la boca dulce y fresca
de un río nos sonríe y nos murmura
algo extraño y sabroso que se aleja.

Todo se ha vuelto anchura,
amplitud sin confines, quieta, inmensa. . . :
quién ha quitado todas las colinas
y ha hecho el paisaje esta distancia eterna?

Vacas que rumian
la anchura sin riberas,
el silencio y la calma
en sus dulces pupilas soñolientas.

Hincadas en el campo
—leves, blancas saetas—
la hora de volar hacia otro blanco
estas garzas esperan.

Cuando todo se ha ido
de la colina hoy tácita y desierta,
quedó fiel a la tierra y al paisaje
esta sola palmera,

torre del ancho templo
en el que reza el Angelus la tierra
a esta hora en que del cielo los vitrales
el crepúsculo incendia.

Ceniza del paisaje,
ceniza de la tarde que se aleja. . .

En un rincón del cielo en que ha guardado
el día el resto de su luz postrera,
relámpagos anuncian
el lento despertar de las estrellas.

Ceniza del crepúsculo y del tiempo,
ceniza de la ausencia. . .

Clavado en la distancia
—garza en destierro, trémula saeta—
también la hora del vuelo al dulce blanco
mi corazón espera.

EUCALIPTO

Sobre el límite azul de la llanura
sólo tú creces alto,
limpio grito de altura y geometría
cuajado en árbol.

Desde qué honduras vienen tus raíces
hacia la luz soñando,
y qué inmensas serán sus ilusiones
para que subas tanto?

Dulzura de retoños que brotaban. . .
—infantes degollados!—
porque no te detengas en tu vuelo
su ternura troncharon. . .

Sólo en la cima tu mechón rebelde
das a los vientos altos,
los que traen de lejos su alarido
incomprensible y trágico.

Cumbre donde no ponen la ternura
de sus nidos los pájaros:
sólo quisiste ser breve atalaya
para los vuelos altos! . . .

EL TEQUENDAMA

Lento, oscuro, sin ansias
por la sabana el río;
monótono y opaco
su gris camino.

Y, en el presentimiento
del fantasma que espera, blanco y frío,
se espeluznan las aguas, se apresuran
al doliente destino,
y se remansan luego, con las manos
al corazón, que corta sus latidos . . .

Y, de pronto, el inmenso
sollozo y grito,
los blancos brazos trémulos
sobre el vacío,
y el agua desgarrada se desfleca
con trágico bramido
bajo la angustia azul de la mirada
de la Señora triste del abismo.

Agua divina y loca
del sacrificio!:
ya no es lento arrastrarse de materia
sino sed de infinito;

y un dolorido ramo de azucenas
que en el peñón arisco
están tendidas con un canto eterno
sobre el abismo! . . .

CHORRITO DE AGUA *

Chorrito de agua de la hermana fuente
canta, hermano, tus límpidos cantares
con la voz de tu linfa, quedamente,

chorrito de agua de la hermana fuente
perfumado y crespó
como un rizo de niño.

Tus cristales mansísimos y suaves
acarician las flores de los campos
y los picos sedientos de las aves,

chorrito de agua de la hermana fuente
delicado y suave
cual las manos de un niño.

Tus raudales sabrosos dan frescura
a los labios resecos del sediento
y a la aridez de la caliza dura,

chorrito de agua de la hermana fuente
cristalino y dulce
cual los ojos de un niño.

En tu linfa armoniosa vibra un canto
con la suave tristeza de un ensueño
con la clara frescura de un encanto,

chorrito de agua de la hermana fuente
melodioso y fresco
como risa de niño.

El Dios bueno que escucha de los mares
la oración musical, inmensa y pura,
sonríe a la humildad de tus cantares,

chorrito de agua de la hermana fuente
luminoso e ingenuo
como el rezo de un niño.

En tus aguas purísimas y bellas
juguetea el azul del firmamento
y se baña la luz de las estrellas,

chorrito de agua de la hermana fuente
transparente y puro
como el alma de un niño.

- Primer poema del autor

CAMPANARIOS

Campanarios amigos,
grito y canción del corazón inquieto
de mi ciudad. Insomnes
atalayas del mundo y de los cielos,
que velan con la voz de sus campanas
o con sus piedras altas de silencio.

Voces de plata para la alegría,
voces de bronce oscuro para el duelo.

Sobre la fiesta bulliciosa y clara,
voces blancas unguidas de misterio,
matinal desgranar de alegres perlas
que caen, sonriéndonos, adentro.

Y en los días nublados de tristeza,
toques que se diría nacen dentro
del corazón herido... Roncos, largos
—duras voces de hierro—
como un sollozo lacerado y roto
que buscara un refugio allá en el cielo.

Campanarios que elevan nuestras ansias,
nuestros goces serenos,
nuestros mudos dolores,
a la invisible altura de lo eterno,
sobre sus manos —llenas de canciones
o unidas en silencio—.

Campanarios azules de la aurora,
llenos de voces de los campos frescos,
de pájaros alegres
y de la luz del último lucero.

Campanas que despiertan
con un asombro ingenuo
y juegan sobre el viejo campanario
como niños traviesos.

Campanarios de sol del mediodía:
en el bochorno de oro, graves lentos,
los toques ruedan por la calle hirviente
hacia el agua y la paz del campo abierto.

Campanarios rojizos del crepúsculo:
campanas con temblores de recuerdos
y de extrañas nostalgias
e infinitos anhelos,
y con gorjeos tímidos de pájaros
que vuelan al alero.

Campanarios oscuros de la noche...
Del toque de las siete... canto y rezo.

Plegaria musical que va vibrando
por los caminos rotos del silencio,

y hace alzar, sin pensarlo, las miradas
al negro firmamento,
para buscar ese algo —oscuro o diáfano
mas tan íntimo y nuestro—
que sentimos más alto que las sombras
y la pálida luz de los luceros.

Campanarios sin voz de media noche:
altas manos unidas en silencio
que parecen llevaran
en su aguja prendido algún lucero.

Campanarios amigos,
cautivas flechas que un oculto arquero,
del corazón de mi ciudad dormida
apuntara a los cielos.

CASONA BLANCA

Casona blanca y fiel, que nos recibes
con el fulgor de una alegría nueva
en los ojos de todas tus ventanas,
al mar y al bosque nuevamente abiertas.

Casona blanca,
eres una promesa
que canta desde lejos
en el alma de todos los que llegan.

Aire rudo del mar que purifica
las almas y los cuerpos. Vida nueva
que renace —con Dios— cada mañana
ante la inmensidad que nos rodea:
la llanura y el mar, el monte, el cielo:
pureza y sencillez, paz y grandeza.

Madre, también aquí, luz y perfume
sobre la paz del bosque tu presencia.

Virgen del manto azul,
Virgencita pequeña,
sonrisa en el camino
frente del mar azul donde se incendian
las aguas y las nubes

en las tardes serenas.

Rincón del bosque con olor de pinos
y de tierra mojada en las macetas
y de flores silvestres.

Gruta humilde y pequeña
Ruidos lejanos y silencios largos
cuando las ramas se han quedado quietas,
música de las cosas
que te dicen tus hijos cuando rezan,
música de jilgueros escondidos
en las encinas viejas.
Rincón del bosque con la gruta humilde . . .
Virgen morena!

Como algo nuestro que a nosotros vuelve,
hasta el bosque nos llega
la voz de las campanas
que en el Santuario están cantando a fiesta.

Mas los días son pájaros inquietos
que vienen con el sol, cantan . . . y vuelan.

Casona blanca llena de recuerdos
de tantas horas buenas.

Casona blanca de la despedida
—con la tristeza vieja
de todas tus ventanas
ante el campo y el mar otra vez ciegas—.

Casona blanca,
eres una alegría clara y buena
que se queda cantando en el recuerdo
de todo el que se aleja.

PAISAJE

Paisaje,
paisaje grande y sencillo.

Escala de colores en el monte:
cipreses verdinegros y sombríos,
verde oscuro y tupido de la encina,
verde claro y brillante de los pinos,
pálidos arcos verdes de las parras,
verde ampolvado y gris de los olivos.

Y entre las dos colinas,
el azul del Tirreno, intenso y limpio,
con blancuras de velas o de espumas,
con siluetas borrosas en los días sombríos,
con caminos de luz en los crepúsculos.

Lo demás: el azul del infinito
que se incendia de estrellas en las noches.

Polifonía del paisaje vivo:
la música del viento entre los álamos,

música rumorosa de los pinos,
sinfonía lejana de la olas
y monótona música de grillos.
Música indefinible de la noche.

Poesía del monte: dos chiquillos
que por las madrugadas y en las tardes
descienden por el áspero camino
con dos vacas enormes
que obedecen las voces de los niños
y se quedan mirándolos
con sus ojazos tímidos.

Paisaje recortado en mi ventana,
te he tomado cariño
porque te he contemplado muchas veces
y porque eres así, grande y sencillo.

VIENTO DEL SUR

Viento del sur,
que en los días serenos
cantas tímidamente entre los álamos
y dejas el cansancio de tus vuelos
en el rezago azul
de las aguas dormidas del Tirreno.

Viento del sur. Tus alas ateridas
con los primeros fríos del invierno,
juegan con las primeras hojas secas
como los niños pobres, en el suelo.

Viento del sur
que en la rústica paz de Montenero
haces volar la voz de las campanas
desde la torre del Santuario viejo.

Viento del sur que en las mañanas grises
amontonabas lejos
—hacia la línea azul del horizonte—
los nubarrones negros:
cuando huían las nubes en tus alas
bendecían tu paso el mar y el cielo

con la sonrisa limpia
de un mismo azul, más transparente y nuevo.

Viento del sur.
cuando se abrían los terrones secos
en el surco, venías con la lluvia
que lavaba los árboles, los techos
y los campos arados:
y después era el campo más abierto,
más sencillo y más limpio,
más grande y más sereno.

Viento del sur, cuando en las noches negras
silbabas, sacudiendo
las copas desgremadas de los árboles
en el campo sin límites, abierto,
despertaban bramando
las olas del Tirreno;
y, al tocarlos tu mano, los cristales
se quedaban gimiendo.

Viento del sur, en las mañanas grises
ven a mi alma, y silba sacudiendo
—con la violencia de esas noches negras—
todo lo que hay adentro.
Y bendiga tu paso
mi vida —con su mar y con su cielo—

Viento del sur, que cantas suavemente
debajo del alero
donde van a dormir las golondrinas
junto a la torre del Santuario viejo.

Viento del sur, que rezas a la Virgen

—el más roto de todos los roñeros—
jugando con las luces
que los hijos que vienen de muy lejos
encendieron delante de la Madre
en su nido de paz de Montenero.

Mientras el alma sabe que marcha hacia lo eterno,
y las campanas dicen nuestras viejas querellas,
y adoramos a Cristo bajo las altas torres
que encienden con sus lumbres primeras las estrellas.

TIERRA NATIVA

Tierra mía nativa, dulce tierra extasiada
entre una cumbre blanca y una verde llanura,
entre brazos atentos e inmóviles de árboles
y pupilas azules e ingenuas de agua pura.

Tierra de líneas anchas, para que el viento lance
sus caballos alados, sin rumbo, en libre vuelo,
y descubran los ojos más hondas lejanías
e incendien más estrellas la bóveda del cielo.

Tierra donde el trabajo se hace sonrisa y canto,
—húmedo cancionero de pájaros y de agua,
mujeres que bordean de cantos el arroyo
y sonrisas viriles a la luz de la fragua—.

Trabajar mientras pueden llenarse las pupilas
de horizontes y cumbres, de nieves y distancias.
y el viento puro y fresco de las montañas mezcle
al olor de los campos sus extrañas fragancias.

Trabajar mientras traen su caricia al oído
rumores de los campos y canciones de cuna,
y los sueños inquietos del alma los refleja
en su cristal callado la lejana laguna.

CAMPO

Campos lavados de paz, de luz y escarcha
ante los ojos niños de la azul madrugada.

Sucesión de colinas, de nubes y distancias
que recorren pupilas asombradas.

Arboles vestidos de silencio y de alba,
con peñillas de viento y con espejos de agua.

Campos para que los recorra un alma sana
con el silencio fiel de las mañanas,

al paso del caballo, con el viento en la cara,
y adentro un amor hondo y una limpia esperanza.

Campos para hombres con la piel tostada
por las luces, los vientos y las aguas;

de manos grandes y pupilas claras
y de sobrias promesas que no engañan,

como la soledad y las montañas,
los pájaros, las fuentes y las auras.

Hombres que aman la vida fuerte y ancha y
enlazan los peligros con certera lazada,

y bajo una corteza tímida, ingenua y áspera
hacen vibrar un alma profunda y delicada.

Campos para la vida honda, serena y diáfana
de amores limpios y costumbres castas.

Campos de luna, soledad y calma
en el silencio de las noches largas.

Campos para sentir a Dios dentro del alma
por las escalas trémulas de las luces lejanas.

CATEDRAL DE LAUSANNE

Ángulos altos de piedra
como una estatua griega,
como delgado grito;
hacia algo que aguardara arriba
largos dedos tendidos.

Alma desnuda de la arquitectura,
verso puro, sin ripios,
poesía de piedra diáfana y translúcida,
sólo armonía y ritmo.

Piedra encantada y blanca, de rodillas
frente al silencio infinito.
Y, sin embargo, música que llega
por el camino oscuro de los siglos.

Sinfonía perfecta
que un misterio ha estremecido
que ha apagado una llama: a tus vitrales
llama un olvido.

CATEDRAL DE BERNA

La aguja de la torre se hunde sola
en el pálido cielo
sobre un rebaño de muros de piedra y techos rojos
y una sinfonía de viejas arquerías.

Fuera del atrio, ocultos
tras un telón, como actores que esperan su hora,
los viejos santos que dejaron su hornacina
hace siglos
se miran en raros espejos de piedra:
ellos deben rezar ahora el oficio
huído de las sillerías maravillosas y mudas.

De los brazos de las columnas de piedra
se escapan las columnillas, volando en tu busca
hacia la armonía de los ángulos de arriba,
y se van llevando los ojos y el alma
al silencio extasiado de un ángulo invisible.

La luz llega vestida de todos los colores
y de formas ingenuas
para contar las historias más viejas y más bellas.

Y... a pesar de saber que no estás, yo te busco
en la escondida vestidura de un pedazo de pan
y en el tímido parpadeo de una lámpara.

Para esa presencia invisible soñaron
este canto de piedra
los viejos arquitectos cristianos
de ayer, y labraron, rezando,
estos salmos de piedra
los artesanos de Berna.

Sus almas que estuvieron aquí arrodilladas
durante siglos, se han ido
también, sin entender esta ausencia.

Bajan, en oleadas de armonía,
caudalosas, profundas,
adelgazándose luego y volviendo
a subir en espirales
-como el incienso de los ritos antiguos-
las voces melodiosas,
puras, trémulas, del órgano.

Y en el abrazo profundo
de la piedra y la música
palpita el alma de Berna.

II

Hermanos pequeños

EL BUEY

En tus cuernos pacíficos
dos fases de la luna distraída;
en la página ruda de tu lengua
la menta campesina;
el cielo entrecerrado
en tus vagas pupilas;
en tu andar el cansancio
de todos los que marchan por la vida;
el sueño en la confiada mariposa
que cabalga, en tus ancas, hacia el día;
la flor que cuelga de tu bello suave
como el dulce columpio de una niña;
la asombrada frescura de las cosas
en tu alma sencilla . . .

Todo eso, hermano buey, hemos traído
a la cuna pequeña de la Vida,
mientras, junto a los vuelos de los ángeles,
va alzando su neblina
el vaho que calienta al Niño y flota
—mecido de una vaga melodía—
como un ángel chiquito
en la noche tranquila.

EL BURRITO

En tu cuerpo pequeño
la gracia de lo humilde y lo sencillo;
el color de los pobres en tu pelo
y una sonrisa pícaro en tu hocico;
una especie de lástima asombrada
en tu mirar tranquilo.

Todos los estacazos de la vida
sobre tu lomo tímido,
y todavía un ansia incomprensible
de jugar con los niños.

Toda la mansedumbre de la tierra
está, frente a Jesús recién nacido,
entre el patriarca San José y la Virgen,
de rodillas, burrito.

PERRO SIN DUEÑO

No sabe lo que dice quien te llama
perro sin dueño.

No te lavan criadas, ni te peinan;
no duermes en las faldas
de mujeres que sólo se amaron a sí mismas;
te peina el viento y te lavan los cielos.

No conoces collares ni cadenas
y son tuyos los tarros de basura
en las calles de Dios.

Puedes correr sin que te peguen
por ensuciar la alfombra;
seguir, alzando tu hociquito curioso,
al primer niño pobre, que es tu amigo,
curiosear en la iglesia
y ladrar libremente a la luz de la luna.

Tu piel, cuando te mueras,
no ha de quedar, curtida, a los pies de una cama:
bajo el suelo fecundo
se ha de transfigurar en rosas ignoradas
para que las huela sólo Dios:

no eres perro sin dueño,
perrito del Señor.

MI GORRIÓN

En la jaula dorada,
blanca y negra inquietud, ansia de vuelo
en regalos dormida,
su pulida canción abrió el jilguero.

Y llegó, jugueteón, bajo la jaula
un gorrioncillo gris; picó en el suelo,
y sin alzar a ver la cárcel de oro,
lanzó un silbido ingenuo:

loco silbido sin sabiduría,
rebelde como el viento,
asombrado del mundo,
como agua de montaña, huracán, inquieto,
y soñador como las altas copas
de los árboles viejos.

... Y abriendo sus plebeyas alas grises
se fue a beber el cielo!

GORRIONES

En las calles antiguas y ruinosas,
alegres, jugueteones,
cantan sus alegrías bulliciosas
mis amigos gorriones.

Y, junto con la luz del nuevo día,
derraman los reflejos
de una clara alegría
en la tristeza de los patios viejos.

En los parques poblados
de risas infantiles, inocentes,
los he visto jugar, despreocupados
del paso de las gentes.

Y he pensado que un día muy lejano
San Francisco de Asís, manso y risueño,
acariciaba con su flaca mano
a un gorrioncillo, su pequeño hermano,
por ser manso y pequeño.

Los he visto también, cada mañana,
dar a Dios, con el río despierto
la luz y la campana,
un infantil y unánime concierto.

Y he pensado ser cual los gorriones
alegres, juguetones,
cantar con el albor del nuevo día,
y dejar los reflejos
de una clara alegría
en la tristeza de los patios viejos.

LUCIÉRNAGA

**Sí. Yo sé que soy sólo
errabunda luciérnaga.**

**Cuerpo pequeño y gris de insecto insomne
que, a ratos por la tierra
lentamente
marcha arrastrándose, y a ratos vuela.**

**Mitad sombra, y mitad
intermitente luz que parpadea.**

**Sí. Yo sé que me has puesto
en la tierra sin sendas, en la selva,
para ir adivinando los caminos
para otros que también vienen a ciegas.**

**Sí. Yo sé que mi luz es poca cosa
y que es débil y trémula.
Pero que es luz. Y que la enciende
tu mano cada noche de nuestra noche llena.**

**Y sé que un día mi mitad de sombra
se ha de podrir...Mi sombra! Sólo sombra, y muerta!**

Y mi mitad de luz? Esta que alumbra
y vuela?

Hacia tu luz total se habrá volado
—quemadas las cadenas—,
ella, pequeño ángel
salpicado de tierra.

Bajo un árbol sonoro
—así quisiera—
estarán solos mis lamidos huesos,
mi lisa calavera

(toda oídos
hacia el grito triunfal de las trompetas).

Parpadearán sobre ellos
lucécillas trémulas.
Las prenderá tu mano por las noches
para que mis hermanos vean
el misterio del alma que mira desde lejos,
de los huesos que sueñan en la tierra.

Yo sé que un ángel juntará ese polvo
para hacer una estrella.
Una pequeña estrella. Humilde
porque canta a tu mano que la incendia,
porque recuerda el polvo, y porque mira
a sus hermanos que allá abajo esperan.

Polvo de huesos — y alas—
que sueña en ser estrella.
Sí. Yo sé que soy sólo
errabunda luciérnaga.

III

Montañas

MONTAÑAS

Cierran los horizontes
con la aspereza de sus negras masas
y coronan las límpidas visiones
con el ensueño de sus cumbres blancas.

En los claros espejos
de los lagos andinos se retratan
las moles silenciosas, pensativas
de las viejas montañas,
y en las noches de luna
como extraños fantasmas
recortan en el pálido horizonte
sus sombras misteriosas y fantásticas.

En las grietas oscuras
de las inmensas cumbres solitarias
han formado los cóndores sus nidos:
por eso en las montañas
—cuando rugen en las cimas la tormenta—
hay rumores de alas
que luchan con las alas de los vientos.

Sobre las cumbres blancas
sale a volcar su cántaro
de fulgores inciertos la mañana,
mientras oyen las cumbres
la música del mar, grave y lejana,
y las primeras notas con que el viento
abre el fresco revuelo de sus dianas.

EN LA CUMBRE

Alta alegría de la última cumbre,
más lejos de las grises, bajas tierras,
más cerca del azul y los luceros.
Limpia alegría de las altas piedras

con caricias de nubes
viajeras,
de nieve
y estrellas.

Alegría del alma libre y sola
sobre una cumbre efímera de tierra,
y con el cuerpo frágil de una hora
dominando los montes, las laderas,

las ciudades que sufren
y sueñan,
los vientos,
la niebla.

Alegría sin fin de las pupilas
frente a los horizontes sin barreras.
Sinfonía del viento
que desprende la nieve de las peñas.

Alegría de voces
que suenan
a voces
eternas.

Desde la cumbre inmensa y solitaria,
cómo me duele que las almas tengan
—en las ciudades hondas y lejanas—
por un placer de tierra

para el vuelo las alas
sin fuerza,
rendidas
y enfermas!

Mañana cuando lleguen
a mi vida las penas,
cuando el cansancio y el olvido pongan
en las alas su peso de tristeza,

me llamarán más alto
la niebla,
la nieve,
la estrella.

Mis almas jóvenes, alas extendidas
en la hora de luz de la existencia,
vamos a la alegría limpia y alta

de las cumbres serenas.
Alegría de almas
que sueñan
las cosas
eternas!

EN EL REFUGIO DEL CHIMBORAZO

A Carlos Garbay

Todo está de rodillas:

las pupilas azules de la lejanía
-Ciudad, llanura, selva-

los caminos con sed
que suben jadeando
hasta besar el borde de la nieve.

Candelabro de arena
en que la chuquiragua enciende su fanal.

El cimientado de hielo del que vuela
la arquitectura grácil de la nieve.

Las estatuas de piedra
con que miran los siglos
perderse, sin afán, los pies del tiempo.

Y el Chimborazo
con las rodillas negras en la tierra
y un torso que se pierde entre las nubes
blanco, blanco, sin sombra,
diáfano ángel desnudo
con las alas plegadas y las manos juntas.

Y las huellas
de los que no volvieron
y de los que llegaron,
intactas, de rodillas en la cumbre.

Todas las cosas -agua, tierra, fuego-
al ascender se han ido adelgazando
hasta esta soledad blanca y radiante.

Y las voces lejanas
del mar y de la selva
y del viento y del hombre
se hicieron, al subir, este silencio

tan sólo alma desnuda de la música
clara, limpia, sin tiempo.

Sinfonía de cumbres
que sólo saben repetir tu Nombre
-tan sólo él llega
a este delgado aire de la altura-:

de una cima a otra cima:
la copa de cristal del Cotopaxi,
ventana al huracán del Imbabura,
hoguera del Sangay, entre albos velos,
inmenso lino del Altar en éxtasis...

y otros puros silencios en la bruma...
lejanía sin fin del Himalaya
muda oración de siglos,

altos silencios solos
flauta perdida en que la tierra toca
para Tí, su canción estremecida.

CAYAMBE

Quieta hilera de lanzas
altas, verdes, desnudas,
para guardar el sueño
de una legión de arcángeles dormidos.

Vagas sombras esquían
en la pista incendiada de blancura.

Un translúcido azul y un gran silencio
acordan, con su música
con el canto sagrado de la cumbre.

Al filo misterioso de la tarde
sobre la cumbre blanca se detiene
el breve beso de oro del crepúsculo.

Frente a las lanzas mudas de la noche,
arcángeles dormidos
se van quedando, bajo un cielo triste
con un color de sueño y de nostalgia.

MONTAÑA

Montaña,
montaña mía.

Mía porque me sale a ver el alba
desde la alta ventana de tu cima.

Porque es mi amiga la callada estrella
que te besa la frente pensativa;

y me alegro contigo
cuando llega la nieve de visita.

Porque invita tu cumbre
a una diaria ascensión a mis pupilas.

Montaña mía, hoy he venido a hacerte,
como la nieve, una fugaz visita:

poner alas y remos
a la carne mezquina;

descubrir de las flores de la cumbre
las miradas esquivas;

y de la soledad dura y perfecta
de tu cima
ver el mundo de lejos, a distancia
nunca vista.

Y sentir, mientras se hunden
en el azul sin fondo mis pupilas,
que, acariociando distraídamente
mi bastón, Dios me mira.

AL FILO DEL MONTE

En el filo del monte
se ha sentado el silencio
para esperar que vaya
anocheciendo
y platicar, en su lenguaje diáfano
con los luceros.

Y mientras huye el día,
se queda viendo
la mano de la sombra
que va rayando el cielo
y el verde de los montes
con sus brochazos negros.

En los árboles altos de la cumbre,
pensativos y quietos,
ha atado su caballo fatigado
el viento.

Qué escucharán desde la altura sola
el viento y el silencio y los luceros?

—Las voces. niñas
del agua que les cuenta ingenuos cuentos
a las flores curiosas
y a los grillos inquietos;

el respirar dichoso
de los niños, sereno,
fragante de sonrisas
y sueños.

De qué hablarán en su lenguaje diáfano
que los hombres oscuros no sabemos?

—Del asombro inviolado de las cosas,
sonriente y tierno
—inmarchitada aurora
de aquel día primero—;

de los claros caminos que fulguran
en la noche del tiempo
para la hormiga efímera
y el corazón llamado hacia lo eterno.

Mi corazón ansioso
se ha sentado con ellos
en el filo del monte, para hundirse
en su lenguaje hondo, puro y fresco...

antes de que desate su caballo
el viento,
y vuelvan a su tienda azul y alta
los luceros,
y se esconda detrás del monte; huracán
el silencio.

MAGRUGADA EN LA CUMBRE

Sobre la cumbre abre
sus ojos soñolientos la mañana,
y cubre de un azul húmedo y tenue
la montaña.

Mil copitos de nieve que han jugado
toda la noche en una ronda blanca,
de la mano del viento,
asoman a la vaga luz del alba
dormidos como niños fatigados
entre las grietas de las rocas altas.

Ya saldrá el sol, sin ojos
y sin alma . . .
y tirándoles flechas luminosas
destrozará su sueño, y por las faldas
de la montaña triste
los hará descender en hilos de agua.

En qué grutas oscuras,
entre qué turbias aguas

se ahogarán esos alegres copos
que jugaron anoche en ronda blanca?

Los hubiera escondido
en ignotas cavernas la montaña
de los ardores tristes
y de las flechas malas . . .

IV

Lagunas

LAGUNAS DEL VOLADERO

Huyó el azul y el verde del paisaje
de la carrera loca hacia el desierto.

Frailejones ariscos que estremece
apenas el galope de los vientos:
esquivo mar de frías olas grises,
más inmóvil, más mudo, más desierto.

En la cumbre del páramo descansan
—islote en la neblina prisionero—
con mi caballo, los caballos grises
de la niebla y el viento.

La soledad más sola está conmigo,
el frío y el silencio.

Alguien viene . . . Es la lluvia la que llega
con sus pisadas ágiles, del cielo,
y los venados que con ella huyen
de un ladrido que suena allá a lo lejos.

Y donde todo es gris y desolado
y tan alto y tan quieto,
el corazón abandonado sueña
con amores eternos,
con algo indefinible e inacabable
como el páramo lleno de misterios.

Y, de pronto, al galope los caballos
de la niebla y del viento:
y de las grises gasas va brotando
un paisaje de ensueño:

el páramo que se abre
en verde —gris océano;
unas rocas que miran hacia arriba
como un eterno, fijo pensamiento;

y dos lagunas con que absorto queda
en éxtasis el páramo ante el cielo,

y sólo deja ver a quien aguarda
entre las lanzas frías del desierto
el capricho fugaz de los caballos
de la niebla y el viento.

CUNRO

De puntillas, la dulce cabecita
trémula de frío,
no se sacia de ver lo que va huyendo,
de codos en la cerca del camino.

Ya sabe la inquietud que hay en el hombre,
la fiebre con que huye a su destino.

Y los mira callada...: si no huyeran,
¡qué diálogo tranquilo
podrían entablar, junto a la cerca,
en esa paz abierta a lo infinito!

No tiene ese pañuelo de las garzas
para decir adiós a sus amigos:
sólo un vuelo fugaz de patos negros
como una sombra por sus ojos limpios.

Mientras me llevan, raudo, yo te dejo,
¡Niña! mi grito amigo,
y te llevo en mis ojos, a que me hables
con tu mirada abierta a lo infinito.

. . . Se quedaron mi canto y sus pupilas
platicando en la cerca del camino.

PROANTA

Cerco inconmensurable de montañas.
Azul distancia y palidez de cielo,
con diamantes de nieve que en las tardes
son fugaces incendios.

Selvas llenas de extrañas sinfonías
y encantados misterios;
con ojos de agua —límpidos asombros—
y cantares ingenuos.

Páramos erizados para siempre
de un doliente silencio
que sólo rompen los clarines fríos
del viento.

Y un agua recatada
para guardar en su callado espejo,
del dormido Cayambe
el húmedo diamante inmenso y trémulo.

SAN PABLO

Azul invitación de ancha frescura
en las curvas reseca del camino,
jugando al escondite con los ojos
que presintieron su temblor dormido. . .

Esta laguna es un remanso dulce
como el alegre retozar de un niño
que se aquietó en asombro ante los cielos
con sonriente respirar tranquilo.

El viejo monte se sentó encantado
frente al espejo silencioso y límpido,
y no se irá, mientras no se haya roto
el encanto infinito.

. . . Qué sintió la bandada de las garzas
que alzó su blanco vuelo repentino
—vuelco del corazón de la laguna
que se prolonga en trémulo latido?—

YAHUARCOCHA

Mil árboles que esperan silenciosos
—alineados al borde
del agua un poco azul y un poco triste—
el viento de la tarde y las estrellas.

Selva estrecha de lanzas
de las verdes totoras que custodian
la limpidez del agua y del silencio

—las totoras que saben
de ahogadas historias
y de leyendas náufragas...—

Verde— gris soledad de las colinas
con la frente bañada allá en el fondo
bajo las aguas levemente crespas
de la tarde.

Patos negros que rayan
de lentitud, de sombra y de nostalgia
los cristales del agua y del recuerdo. .

Y... ganas de internarse lentamente,
las manos
en la caricia fuerte de los remos,
la frente
en la suave caricia de los vientos
y el alma
llevada de la mano
más cerca de su Dios y de sí misma,
por el aire sin rumbo,
la soledad, el agua y el silencio.

MOJANDA

El arenal desierto va ascendiendo
con las manos tendidas
—sed eterna de altura,
de claros horizontes y de linfas—.

Y el anhelo insaciado se transforma
escalando las cimas,
en tristes pajonales silenciosos
—ansias hurañas, solas y cautivas—.

El dolor de la altura
—dolor que mana puras alegrías—
las transfigura ante la paz sin nombre
en desnudos picachos que se miran
en el límpido espejo
de una mansa laguna pensativa.

Arriba, un cielo gris y desolado,
porque no se distraigan las pupilas
del hondo azul del agua,
único azul de esta aridez dormida,

—azul para mojar ansias del alma,
ensombrecido y hondo en las orillas—.

Soledad que no siente
más latido de vida
que el agua con su lenta
respiración tranquila.

Laguna en cuyas aguas
indefiniblemente recogidas,
se ahogan los caminos
de las ansias dispersas de la vida.

Lazo limpio y azul para las almas
que llevaron a la última colina
el pobre barro deleznable y triste
en sus alas altivas.

Señor, el manso y suave rumor de la laguna,
no es la plegaria azul, inmensa y tímida,
por la sed de los tristes
arenales sin vida?

Agua para pensar —cristal cerrado
como en el cuenco de una mano oscura,
en una austera y triste lejanía
y una gran soledad, tranquila y muda—.

—Piedra, cristal y azul— callado espejo
del silencio, los astros y la altura.

CUICOCHA I

Laguna

—piedra, cristal y azul— sólo laguna,
sin pinturas de prados sonrientes,
sin risas importunas
de pescados de plata y pescadores,
sin garzas blancas y sin blanca espuma...

En un azul, el cielo
—lejanía y hondura—
y la sombra serena de los muros
sobre el agua profunda.

Agua sin la sonrisa de las luces
que bruñen de fulgores las alturas
y ornan de áureos relieves caprichosos
las murallas oscuras.

Los islotes gemelos
surgen del corazón de la laguna
—tierra para las plantas que caminan
en busca de quietud, de agua y de luna...

CUICOCHA II

Yo soy un niño solo
y esta agua tiene suavidad de madre.

Sus pupilas, veladas
por la lenta llegada de la tarde,
fijan en mis pupilas su mirada
dulce y grave.

En su cristal se ahogan las palabras:
sólo el silencio sabe
decir el ronco anhelo de las cosas
en su delgada música inefable.

Dos soledades copia la laguna:
de la lluvia que cae,
y de mi corazón solo que espera
un pañuelo en el aire. . .

V

Tiempos

MADRUGADA

Madrugada.
Se extinguieron las luces en el cielo,
se hundió en el mar la imagen olvidada
de la última estrella.

Madrugada.
La tierra va surgiendo de las sombras,
y en su belleza familiar e intacta
hay algo nuevo,
algo como la huella que dejara
la mano del Señor sobre las cosas
la primera mañana.

La luz pinta de azul las aguas quietas
del mar. La mano húmeda del alba
funde ese azul con el azul del cielo.

Madrugada.
Sobre las ramas despertar de cantos
y despertar de alas.

Hay en los ojos un asombro nuevo,
una nueva armonía en las palabras,
y unas manos callosas y cordiales
se estremecen de nuevo cuando clavan
en la tierra fecunda
llena de silenciosas esperanzas
la reja del arado que fulgura
a la primera luz de la mañana.

Cada mañana debe ser la vida
una página blanca
para que escriba Dios palabras nuevas.

En las olas de luz se ahoga el alba.

Antes de oír el ruido de la vida,
quiero llenar el alma
de este silencio extático del campo
que asoma su belleza a mi ventana,

y en las alas del viento franco y rudo
unir a la oración de las campanas
que despiertan los campos silenciosos,
la voz de mi oración de la mañana:
gracias porque nos das un nuevo día!
Señor, qué hermosa está la madrugada!

AMANECE

Amanece: un reflejo
como de río pálido, indeciso,
va venciendo a las últimas estrellas:
el cielo es un cristal incierto y tímido.

Y sobre él, deslizadas
quién sabe de qué incógnitos abismos,
unas nubes de rosa se insinúan
con el dedo en los labios encendidos.

La noche en la quebrada negra y honda
se ha escondido:
su manto negro flota tembloroso
junto al río.

El viento se va arreando hacia los montes
su rebaño de nieblas, lento y frío.

El alba es la niñez de cada cosa:
todo renace puro como un niño,
mira el milagro nuevo de la vida

con gozo renacido...,
y los árboles alzan su alegría
dulces y pensativos.

No nos subimos, corazón, a un árbol,
a otear los horizontes infinitos,
antes que el sol nos queme esta alegría
de ser como los niños?

ATARDECER

Cómo se va extendiendo
una quietud profunda
por los campos abiertos...

Parece que en las alas de esas nubes
va viajando el silencio.

Hay en todas las cosas
intenso aroma de recogimiento:
van volviendo los pájaros al nido,
el humo de las casas va diciendo
—en el tibio silencio de la tarde—
que el hogar, allá adentro,
tiene calor y afecto para el alma,
tiene pan y descanso para el cuerpo.

Están abandonados los caminos
y los campos desiertos:
todo se ha replegado hacia la vida
silenciosa de adentro...

En la santa quietud de este crepúsculo,
ante el mar infinito, solo y quieto,
cómo se eleva, sin sentir, el alma
muy alto, hacia los cielos!

Y cómo van volviendo a la memoria
los recuerdos más buenos,
los que vivieron más de nuestra vida,
los que nunca murieron.

Atardecer . . . Recuerda
voces lejanas el rumor del viento,
y saluda la torre del Santuario
a la tierra y al cielo.

LA TARDE VA LLEGANDO

La tarde va llegando
en la velada voz del río,
en las alas cansadas de los pájaros,
en la azul soledad de las montañas,
en los retazos lentos de neblina
que cubren a los árboles cansados de vivir de pie;

en el silencio
que viene solo por el camino abandonado;
en ésta especie de nostalgia
con que los ojos verdes de la selva
miran las transparencias últimas del cielo;

en mi alma que ya sabe
donde te puedo hallar mejor, Dios mío:
en la azul soledad de la montaña
a la que va el silencio por el camino solo.

OCASO I

Ocaso, breve símbolo
de mi breve existencia.

Primero, blanca fuente
de una luz rara y nueva.

La blanca luz se dora
en fulgurante hoguera.

Cuando el fuego se extingue,
la sangre del ocaso el cielo llena.

Y, lenta, va cuajando
en una melancólica violeta.

Y al fin, sobre el cristal del cielo pálido,
cenizas que en el viento se desflecan.

Pero, de pronto, como si brotara
del corazón de las cenizas muertas,
se abre —abismada, eterna— la pupila
de la primera estrella.

OCASO II

El silencio me mira
de este árbol alto y solo del sendero
y me voy con el viento en mis oídos,
y el viento es un suspiro del silencio.

Por los caminos negros de esta hora
ya nadie va . . . tan sólo va por ellos
mi corazón, silbando tras las últimas
golondrinas inquietas del recuerdo.

Toda la luz ha huido de la tierra
y nos atisba de un rincón del cielo:
lago de luz tranquilo y transparente
donde la noche va a pescar luceros.

La noche es la tristeza de los montes
que se contagia al cielo . . .

Oh dulzura sin sombra entre las sombras!
mi corazón sediento
prueba la amarga sangre del ocaso
y la dulzura límpida del cielo.

La soledad? La sombra?
—Si sé que me sonríes desde el cielo!

EL ALMA DE LA TARDE

Al sentir aquí adentro
las sombras de los íntimos recuerdos
y las alas inquietas
de todos mis anhelos,
yo quisiera tan sólo
de este poco de barro de mi cuerpo,
ojos para mirar el cielo limpio
y oídos para oír este silencio.

Señor, qué tiene el alma de las tardes?
Qué cosa clara, intensa,
qué cosa indefiniblemente triste,
hondamente serena,
que en las heridas nuevas pone un bálsamo,
pero renueva las heridas viejas?

Señor, qué tiene el alma de las tardes
que hasta las golondrinas bullangueras
vienen a hacer la paz con el silencio
de estas paredes viejas?

Canta el alma en el alma de la tarde:
gracias, Señor, por este claro cielo
y este silencio de armonías hondas;
gracias porque están viendo
a lo alto mis ojos;
gracias porque tu cielo
en mis labios de tierra
pone, Señor, una oración y un verso.

ALTA NOCHE

Alta noche
lacerada y espléndida
(cuántas noches, Dios mío, que mis ojos
no miraban la luz de las estrellas!)

Han vuelto sobre mi las altas luces.
Quién ha alzado, de pronto, mi cabeza
hacia ese mundo —ya lejano y mudo—
hecho sólo de luces y tinieblas?

Y la alta noche —alzándome
de mis ansias terrenas,
del oscuro bregar en tanto barro
con manos de esperanzas y de penas—
me ha hecho sentir hermano de los sueños
y la trunca promesa
de mi hermano caído
y de los ojos de mi hermana muerta.

Hermano, con tus ojos visionarios,
regando juventud sobre la arena,

podiste descansar con tu alto sueño
cuajado en flor sobre tu boca muerta.

Con tu traje de novia —quince años
en tus pupilas que dejaste abiertas,
y la cruz de marfil de tus dos manos—
eras una visión blanca que sueña
en unos muros grises
—alas de luz para tu adolescencia—.

Hermanos de mi sangre
y de mi alma inquieta:
mi sueño es como eran vuestros sueños
—una esperanza ingenua
en un amor clavado
sobre una cruz de penas—.

Cuándo lo llevará mi barro joven
cuajado en flor sobre mi boca muerta?

Alta noche (en mi alma)
lacerada y espléndida
que has devuelto a mis ojos
este mundo de luces y tinieblas,
con esperanzas vivas
y juventudes muertas.

TUS NOCHES

Noche oscura

La noche, levantándose del mundo
ha llegado hasta el cielo.

Ni una luz. Ni una estrella
en la bóveda negra. Ni un reflejo
en las olas oscuras que se rompen
sobre esta orilla brava del Tirreno.

Las alas de la noche
dejan sobre la frente un roce inquieto.

La noche se fue alzando de la tierra,
y ha pintado de negro
el mar azul y los sembrados verdes,
la tierra gris y el cielo.

Los ojos, descansando, se sumergen
en el paisaje igual, profundo y negro.

Y hay adentro del alma
la voluntad del ser simple y sincero,
como estas cosas fuertes de los campos,
como este rudo viento.

Hace frío. Los árboles tiritan,
y se estremece el cuerpo.

Hay un silencio huracán,
en las sombras, más hondo y más intenso
que rompe a intervalos con sus rudos
aletazos el viento.

Y abren frente a la noche sin fulgores,
un asombro sin fin los ojos ciegos . . .

NOCHE DE LUNA

Detrás del mar
hay una luz que lentamente avanza
por el cielo sereno y transparente.

La luna surge lenta de las aguas.

Sobre el cristal del cielo,
elevan sus siluetas recortadas
las colinas gemelas; desde lejos,
dos manos juntas que recogen agua.

El campo está sembrándose de luces
en hileras simétricas y largas;
mas sobre el campo
están cerradas las pupilas claras
de todas las estrellas
que huyeron de esta luz difusa y pálida.

Sobre la tierra buena
que haciéndonos el pan trabaja y canta,

se han dormido los gritos
y las ansias humanas.

En el campo parece que las cosas
hablaran en voz baja.

Un camino de luz se va alejando
por las aguas calladas. . .

Madre, no son las huellas de la luna
que, al bañarse en el mar, doró las aguas:
son las extrañas huellas que dejaron
en nuestro mar tus plantas,
cuando llegaste desde ignotas tierras
a las rocas desnudas de esta playa.

Tus huellas que se vuelven luminosas
cuando se acuerda el mar de tu llegada!

NOCHE ESTRELLADA

El cielo de la tarde
ha perdido sus limpias transparencias
y parece más negro y más lejano,
y tras la luz incierta
del lucero, una a una, van brotando
de las sombras lejanas las estrellas.

El fondo azul del cielo se ha alejado
en las sombras intensas,
para que las estrellas más remotas
asomen a la tierra
atenta y silenciosa
los parpadeos de su luz inquieta.

El cielo un hormigueo de fulgores
que recuerda y alienta,
y la tierra una sombra
que contempla y espera.

Estrellas, mundos grandes
que Dios lanzó en la soledad inmensa,

sólo para alumbrar las noches tristes
de esta tierra pequeña.

Sobre el mar, una lluvia de fulgores:
estrellas
para las manos de los pescadores:
mil pupilas abiertas
sobre el timón desorientado y ciego
en la noche sin huellas.

* * *

Madre,
si los hombres que piensan
y trabajan y sufren
—doblados en el surco y en la pena—
miraran como niños asombrados
este mundo de mundos que se incendian
verían palpitar sobre la frente
el fulgor misterioso de una estrella
que alumbrara el camino
hasta tus manos buenas,
como esas noches largas del desierto
que sintieron palpitar sobre la arena
en el camino de los Reyes Magos
la luz recién nacida de una estrella.

VI

Las horas

LAS HORAS

VIRGEN DE LAS PALOMAS, EL MENSAJE
QUE ESTAS, VOLANDO HASTA TU PECHO LLEVAN,
TIENE TAN SOLO UNA PALABRA: ¡MADRE!

I

L A S H O R A S

La silenciosa hilera
de pájaros que emigran . . .
pero nunca regresan.

Por esta herida que al huir nos dejan,
parece que este vuelo de las horas
de aquí, dentro del alma, nos saliera.

II

A Z U L

El translúcido azul del cielo niño
está acabado de pintar: los Angeles
para secarlo, al aire lo han tendido.

Las nubes prenderán en él sus linos,
sus retazos de púrpura el crepúsculo
y la noche sus pálidos zafiros.

III

EL LUCERO DEL ALBA

Un ángel huérfano
que, huyendo de la ronda de la noche,
se quedó solo en la mitad del cielo.

Toda la luz ingenua
del alba es un reflejo
de sus pupilas de nostalgia eterna.

IV

LA COLINA

El día, la azul colina
de la que se irán las horas,
como palomas, María!

Sobre su alfombra indecisa
está al alba arrodillada
ante tus castas pupilas.

V

LA MAÑANA

Es la gracia de Dios, sola y descalza,

que se ha sentado en este umbral desierto
—sonrisa entre las sombras extraviada—.

En sus ojos la luz sonríe intacta,
la pureza intocada está en sus labios. . .
esta niña descalza es la mañana!

VI

PAJAROS

El cielo crea notas musicales
y la tierra les pone breves alas
y las lanza a los aires.

Cuando las alas a la tierra caen,
vuelven las notas hacia los violines
de los Angeles.

VII

COMUNION

Oh delgado panal blanco y pequeño,
infinita dulzura prisionera
para el día presente y el eterno!

Con flor de sangre, abejas de misterio
hacen, para amarguras desterradas,
esta miel que se acendra en el silencio.

VIII

M E D I O D I A

Oro en la sangre y oro en las pupilas.
El hormiguero humano reverbera
en el oro febril del mediodía.

. . . De pronto, la dorada sinfonía
la voz de una campana rasga, en grito
de eternidad, con una larga herida.

IX

H O R A D E P L E N I T U D

Hora de soledad. . . remonta el río
mi barca, pero siento que me falta
la mitad de mi ser y mi destino.

Cuando, del borde azul del infinito,
llega, en la exacta plenitud del día,
tu remo hermano, para siempre mío!

X

E L V I E N T O

Va por las calles, descalzo. . .
Silbando, tira las hojas
al aire. . . y se va alejando.

Es una risa o un canto

su extraña voz vagabunda?
No! . . . que se va sollozando.

XI

E L N I Ñ O

Hermano de los pájaros cantores,
sólo él lleva el perdido Paraíso
en sus ojos de cielos y de bosques.

Sus horas son un trompo de colores
con música, que baila, cabecea. . .
y sonrío en las manos de la noche.

XII

E L E N I T A

Así la quiso: con su cara de ángel,
el oro intacto y breve del cabello,
el cielo anclado en su mirar distante.

En la tarde del mundo, agita el aire
un continuo rumor de huyentes alas:
va quedando sin ángeles la tarde!

XIII

C A M P A N A R I O

En la alta soledad del campanario,
están —las cuerdas en la mano alerta—

la vida con la muerte platicando:

por eso, de los bronces en el canto
a los acordes límpidos que ríen
se mezcla un son extrañamente amargo.

XIV

LA LAMPARA

Frente al tranquilo y silencioso fuego
de esta lámpara sola, a cien mil leguas
del mundo y de su vértigo me siento.

Y sueño que en un mar, lejos, muy lejos,
el barco aventurero de mi vida
balancea su luz frente a tu Puerto.

XV

LA TARDE

Llena la tela del cielo
de quimeras de oro y sangre;
esfuma, borra... y sintiendo

que su sueño está lejano,
con su paleta en las sombras
se va a sentar, sollozando...

XVI

EL ANGELUS

Para la noche que se acerca, fría,
el viento teje un velo al campanario
con las agujas de las golondrinas;

mientras, en su nostálgico repique
teje una escala el Angelus al cielo
con otras golondrinas invisibles.

XVII

EL ARBOL

Este árbol solo al borde del sendero,
frente al árbol callado de la tarde
ha madurado frutas de silencio:
para tu sed de paz están, viajero,
llenas de la fragancia de la tierra
y la lejana música del cielo.

XVIII

NUBES

Por la pradera azul, blancos vellones,
y los perros pastores de los vientos
los llevan lentamente al horizonte;

hasta que un gran raudal de sangre corre
por las cándidas lanas, cuando llegan

aullando los lobos de la noche.

XIX

EL RIO

Las horas se van al mar
de eternidad, en su barca
de cristal;

y su reloj de agua canta
las horas que van huyendo
dejando sólo nostalgia.

XX

ANOCHECER

La colina de zafiro
es ya una negra pendiente
—soledad, silencio, frío—.

Quédate, Señor, conmigo,
porque está ya anocheciendo
y las horas han huído! . . .

XXI

ESTRELLAS

A cada alma que llega,
para explorar espacios infinitos
Dios le da un avión de luces trémulas.

Cuándo verán los ojos de la tierra
temblar —así— las hélices de oro
de una escuadrilla nuestra?

XXII

LA LUNA

El gran rastrojo de la noche no arde:
en la tarda carreta de la luna
su cosecha de luz llevan los Angeles.

No quieres que vayamos,
detrás de sus canciones que se alejan,
a coger las espigas que quedaron?

XXIII

EL SUEÑO

En su barca de remos silenciosos
deja del cuerpo la rendida arena
el alma, rumbo a piélagos remotos.

Pero sé que, al tornar, frente a la playa
voiverá sus extraños peces de oro
al misterioso mar, el alma.

XXIV

POLILLAS

Todo misterio turbador esconde

en el día la tela azul del cielo
atada a los lejanos horizontes.

Sólo en las sombras adivina el hombre
otro mundo de luz, por los mil puntos
que abrieron las polillas de la noche.

VII

Mar

MAR TOSCANO

MONTENERO

MAR

(Sinfonía en 3 tiempos)

1.- PLAYA

Mar en las mejillas,
mar en los cabellos
solos,
libres de tierra
que empolva y ciega.

Brisa salada y húmeda,
mano que pasa sobre los cabellos
ahuyentando las sombras.

Frescura bruñidora,

brisa salada y húmeda
que se ha bañado en el mar.

Misterioso sabor intenso y vago
de todas las mil cosas que se ocultan
bajo el inmenso azul.

* * *

Mar en las pupilas
libres
de las barreras grises de la tierra.

Libertad de bogar en un instante
por toda el agua inmensa.

* * *

Mar en el oído
libre
de los gritos de tierra.

Libertad de escuchar la inmensa y única
orquesta del océano y del viento

—clarinete en los árboles cercanos
y oboe en las cavernas,
las flautas de las olas más lejanas
y el contrabajo de las anchas olas
que bordan sus encajes en la playa.

* * *

Mar!
El alma y el cuerpo

asombrados y solos
frente a la honda y limpia inmensidad,
libres de arrodillarse y adorar
a quien hizo las aguas
azules de la mar.

2.- VENTANILLA

El tren quiere cantar... sólo balbuce
frente a la tarde alegre que dibuja
rojas siluetas en el horizonte.

Y sus columnas de humo van corriendo
—a jugar con las nubes—
de la mano del viento.

El crepúsculo ha abierto
en el desierto azul una rendija
de luna;

y una estrella se asoma
para atisbar la noche... si es propicia
para noche estrellada.

La ventanilla atenta
se llena de paisajes esfumados,
de paz y de silencio.

Mar:
la noche te ha pintado
de blanco y negro:

dónde tendrá la aurora tanto azul
para pintarte de nuevo?

La huyente lejanía
se ha tragado los campos
y el mar.

Y las últimas nubes
de humo han huído
de la mano del viento.

Y la ciudad ha ahogado los silencios
con sus manos nerviosas
y tristes.

Y, dónde hallaré ahora
los campos, el silencio,
y el mar?

* * *

3.- VENTANA

Se rompió mi ilusión en el paisaje
de mi nueva ventana.

Y la paz verde del monte,
y el transparente silencio
y el mar?

El mar que me invitaba cada día
más allá de los grises horizontes
y me llamaba a un viaje que acabara
donde se junta el agua con el cielo.

Silencio,
vaso cristalino

que recogió nuestra dispersa vida
como un agua fresca.

El monte:
los árboles que nacen libremente
y conocen las voces de los vientos
y escuchan con asombro
las voces
humanas.

* * *

Arboles sabios al borde del asfalto.

Trozos de silencio
rotos entre los rieles del tranvía.

Un hilo de agua culta
aprimada y triste.

Y la paz verde del monte,
y el transparente silencio
y el mar? . . .

COMO ESA ROCA

Como esa roca
arisca y fuerte
que custodia la puerta de la rada
eternamente.

Que ve flotar la túnica del alba
en el oriente
y encrespase de plata
la inmensidad al mediodía ardiente.

Que contempla en silencio
largamente
en la dorada soledad tranquila
la gloria del poniente.

Hacia la cual las grandes olas vienen
-con el misterio amargo
del mar que se estremece-
a golpearla de gritos y de angustias,
canciones, esperanzas y querer.

NOSTALGIA DEL MAR

Por esos horizontes infinitos
de todos los azules —hondos, claros...—
en que pierden el rumbo las pupilas
sobre caminos móviles y huraños.

Por esa inmensidad que hunde en el alma
su hondo anhelo insaciado
y un hambre azul sin límites
y un lamento de remos destrozados.

Por el alba que tiñe
de un leve azul extraño
las arenas, las rocas y las velas
y los ojos humanos...

Y la hora en que parten
para alta mar los barcos,
con las velas tendidas para el vuelo,
con trémulos fulgores sobre el casco
y la quilla impaciente
y una estrella que atisba desde lo alto.

Por las gaviotas tristes
que —como pensamientos solitarios—
agitan entre dos inmensidades
insomnes remos blancos.

Y los caminos de oro
que traza el sol en los ocasos cárdenos,
y las rutas de ensueño
de luz lunar sobre el azul extático.

Por el chasquido seco
del oleaje áspero
que se encabrita sobre el flanco duro
de los acantilados,
y, contenido su galope loco,
sacude contra el viento huracanado
su penacho de espumas
que sobre el agua azul queda temblando.

Y... me he quedado oyendo
el oscuro bramar del mar lejano,
puesto al oído el caracol marino
del corazón nostálgico.

PLAYA

Húndido aquí en la arena, siento un rumor lejan
millones de pequeños caracoles molidos
por el molino del mar;
rumor azul, de sal y de distancia,
con viejas barcarolas
y cuentos que se pierden en el humo de las pipas.

Rumor que va moliendo dulcemente
mis huesos,
y hace sentir mi cuerpo en esta playa
como un pequeño caracol perdido,
mientras veo a mi alma con las alas blancas
abiertas, allá arriba.

VÍSPERAS

La tarde está cantando vísperas
en su breviario de cantos dorados,
mientras el viento caprichoso arranca
del órgano del mar cantos extraños.

Hay un murmullo suave de plegaria
en el coro de piedra de los acantilados.

Vísperas del mar,
del viento del mar y del cielo incendiado...:

cómo suben al cielo, desde el libro
dorado en que rezamos,
mecidas por un toque
de campanas, lejano,
sobre las grandes alas
de un albatros!

NAVÍO

Un navío azul y blanco
tengo yo:
casco de azules y fríos aceros,
vela blanca de pura ilusión.

En la noche del mar va con rumbo
a un puerto de sol.

Le hacen señas mil faros inquietos
que acuchillan de luz el negror:
inútil! mi loco navío
sin ancla partió:
podrá quedarse en un puerto
rompiendo su casco, su blanca ilusión.

Nadie sabe su nombre: en la borda
está escrito con letras de espuma y de flor:
lo leerá con sus ojos azules la aurora
en el puerto lejano, de sol.

Qué le han dicho las naves que cruzan?
...Pasaron. Adiós!

Dios te salve, navío fraterno!
(Presintieron su nombre los dos?)
Tú también vas bogando sin ancla
y una misma es la blanca ilusión.

Se va la esperanza sobre olas distintas
gritando: hasta Dios!

Soledad en la noche y las olas,
soledad que las velas hinchó:
sola e inquieta la quilla se hunde
en el móvil e incierto negror.

Oh certeza del único Puerto
a la nave que un día sin ancla partió,
cuando rompa en la playa soñada su casco
y su vela de blanca ilusión!

MARINERO

Meció tu cuna el balanceo azul
lejano, del mar que te llamaba
con la canción arcana de sus olas
que cantaban a Dios y a tu destino.

Sin verla, presentían tus pupilas
la inmensidad sin fin, dulce y amarga,
y una Mano invisible fue llevando
tu infancia y tu niñez a sus orillas.

En ella se asombró por vez primera
–los pies desnudos en la arena húmeda,
dos azules sin fin en las pupilas–
tu clara adolescencia marinera.

Y al estrenar el uniforme blanco
sintió tu corazón su alta llamada
a la oblación sin mancha de la vida
a tu Dios y a la entrega
a la tierra y el mar: La patria amada.

Y en el hogar incierto
y fugaz del navío se te abrieron
los grandes horizontes:
los largos días entre el mar y el cielo,
las pálidas auroras,
los cárdenos ocasos, cuando se hunde
el sol dorando el gran confín lejano.
Y la noche total en que el piloto
siente la soledad humana en la que habla
solo la voz de Dios, desnuda y sola.

Te hundiste en las honduras misteriosas
viajando entre un ensueño de corales,
de peces no soñados,
de las primeras formas de la vida
que guardan, palpitando en el abismo,
su intocada frescura;
tesoros sepultados, multitudes
que surgirán un día, cuando toquen
los últimos clarines.

Que siempre en tu alma
vivan los horizontes sin confines,
las gaviotas y albatros... y las horas
en que sentiste
solo en la popa, la presencia viva
de ese Cristo que amó la barca, el agua
y a todos sus amigos marineros.

EL ANCLA

A Carlos Suárez Veintim

Llevo en el alma clavado
tu recuerdo como un ancla:
mientras más y más te alejas,
más en el alma se clava.

Siento un dolor infinito,
dolor de alma traspasada
por el hierro duro y recio
del recuerdo que no pasa.

Huyen las horas felices,
vienen las horas amargas:
y en este vaivén de olas
en el alma hundida un ancla.

Mi velero de ilusión
no romperá nunca amarras:
el ancla se ha hundido tanto
que se rompería el alma!

VELEROS

A Luis Eduardo Henríquez (†)

Rompió amarras tu velero:
pasó rozando mi barca
con el mismo rumbo eterno
de la amistad que no pasa.

Iré sintiendo en su estela
-honda, humilde, limpia y clara-
la cara y la voz de Cristo
en tu vida y tu palabra.

Como extraviada gaviota
irá en la noche callada
tu recuerdo, acariciando
la soledad de mi barca.

En el Puerto, avizorando
mi blanca vela lejana,
sé que, misteriosamente,
me esperarás en la barra.

• Carlos Suárez Veintimilla, Ecuador, 1991.

NOCHE DEL MAR

Solo en la orilla
del mar, siento al tiempo ir y venir con cada ola
arrojando en la arena
vacías, rotas conchas.

Noche del mar
sola
—perdido el horizonte,
todo una vasta, honda, negra sombra—.

Sólo tres puntos luminosos
en la negrura flotan,
cabecean, avanzan
—en la noche dormida, ojos despiertos que avizora

Los hoteles bostezan,
el tedio en las ventanas fúlgidas se acoda.
Y el silencio se sienta en esas gradas
para oír la nocturna sinfonía ronca.

Llegan las olas, y el murmullo vago
estalla en coro de incontables notas
cuando la espuma borda —súbita— la orilla

como largo reguero de alba pólvora.

Al sentir en mi rostro
el aliento del mar, de la noche y la sombra,
siento que, como esos tres puntos luminosos,
me voy hacia la Aurora.

Y que sólo sentimos
este soplo de Dios que nos llega en las olas
cuando nos trae de la mano
a la orilla del mar, la noche sola.

SILENCIO DEL MAR

La soledad baña en el mar tranquilo
sus pies pequeños;
el mar los besa, a solas
con su beso de espuma, sal y viento.

Para no ahuyentarla,
me siento en estas rocas, aquí lejos,
y abro en mis rodillas, frente al mar, el libro
del silencio.

Silencio musical del mar que quiebra
su bramido, al llegar, en un murmullo quedo.

Silencio de los hombres que se alejan
en su lancha de remos, mar adentro.

Silencio de las alas
de las gaviotas que se pierden allá lejos.

Junto a la soledad, sola fulgura
tu sombra que amó el sol, y las olas y el viento.

Este silencio inmenso de las cosas se arrodilla
para escuchar tu voz que suena corazón adentro.

Algo se va a alejar, como si fuera
el alma misma del mar prisionero:

tras la lenta escuadrilla de alcatraces
que brilla en el gris cielo,
mi corazón abre las grandes alas:
no importa a donde, si vas Tú, y es lejos!

LA GAVIOTA

Sobre la arena húmeda y dorada
se ha abatido
su cuerpo —gris, como el jubón de un viejo
lobo marino—.

Las grandes alas yacen, como inútil
remo partido.

En la dulce embriaguez del postrer vuelo
subieron, como nunca, al infinito.

Cayó de cara al mar. El mar le lame
con su espuma, su sal y su bramido.

Unos muchachos juegan a golpearla
como a un viejo marino paralítico.

Pero ella, desdeñosa
sufre, muda, el martirio,
las viejas alas rotas en la arena
y en el mar —en su mar— los ojos fijos.

Poeta, cuando mueras
(sobre la arena han de jugar contigo),
con tu alón gris, como el jubón de un viejo
lobo marino,

Muérete así, después del dulce vértigo
de tu último vuelo al infinito,
las viejas alas rotas en la arena
y en tu mar —en tu Mar! los ojos fijos.

PILOTO

Piloto!
Tus ojos en el mar negro y desierto,
la mano en el timón, y el corazón alerta
y el rumbo hacia tu sueño!

No mires tu navío
ni hundas tus ojos en tus marineros.
No pierdas tus miradas
en el azul incierto
en que siguen, tenaces, las gaviotas
del recuerdo.

Siempre adelante!
Aunque amargos, tal vez, de desconsuelo
lleves los labios
y solo el corazón, y el puerto lejos.

Déjales que se olviden
de tí, mientras disfrutan del concierto
del cielo y del océano
con azules misterios.

Y en la noche cerrada, cuando duerman
todos tus marineros,
y la hosca soledad del mar bravío
te rodee en silencio,

no te muevas, piloto, que a tus hombros
bajará el dulce peso:

las manos, invisibles en la noche,
del Capitán, que baja hasta tu puesto
para pasar la noche
juntos, así, en silencio.

VIII

Inspiración

INSPIRACIÓN

Inspiración que viene
cuando el alma ni sabe ni la llama.

Que nos saca la lengua
como una niña malcriada.

O nos besa la frente
nos ve con una cara iluminada;

nos hace ver el paraíso oculto
quien sabe por qué velo a la mirada;

nos trae desde el cielo
pedazos de palabras.

O . . . nos alza los hombros
y se va, sin decir una palabra.

YO TE BENDIGO

Mi Padre Dios, yo te bendigo
en el fugaz diamante y la canción del río,
en el polvo de oro de las mariposas,
la musical saeta de los pájaros
y la flecha de plata de los peces;
en el éxtasis verde de la selva
que no se cansa de mirar arriba,
en el azul silencio de los cielos,
y en la noche total, que anda buscándote
con mínimas linternas de cocuyos.

4 TIEMPOS

La mañana ha olvidado
trozos pequeños de cielo
secándose en la hierba.

La tarde duerme la siesta
en los ojos de las vacas tendidas
en una lenta sinfonía verde.

El crepúsculo
con un poncho blanco de nubes
afila sus cuchillos
sobre las rocas negras del monte.

Quién diría
que ha de llegar la noche?

Si no fuera
porque es demasiado clara
la luz, y demasiado bellos

las flores, el agua, el cielo
para durar mucho tiempo;

y una belleza profunda
aguarda, quieta, su turno;

y porque el silencio espera, sentado
en el umbral impreciso
de la tarde.

PLEGARIA POR UNA ESTRELLA

En la noche cerrada
sobre la senda,
el viajero perdido
busca una estrella.

En la noche caída
al mar sin huellas,
el marino suspira
por una estrella.

En la noche del alma
—noche más negra—
ojos del alma lloran
por una estrella.

Señor que cuando quieres
haces estrellas
para los que te buscan
sobre la tierra,

la Noche que en este mundo
todo te espera,
a la noche de mi alma
hazle una estrella!

PARÁBOLA

La selva
se puso a acariciar al río inquieto
que se robaba flores de los árboles
y retazos de cielo.

Y dijo: ¿por qué quieres
huir de este rincón claro y sereno
en donde el alma niña de las cosas
en tus aguas se mira sonriendo?

¿Qué te falta? Las flores más extrañas
te hacen señas desde árboles inmensos,
y la música libre de los pájaros
se va cantando en tus cristales trémulos.

Requiebra en su guitarra de guadúas
junto a tu espejo
cuando está triste y solo
el viento.

Para escuchar tu canto en la cascada
todo queda en silencio,

y sólo para tí, en la noche, coge
la montaña luceros.

Ya no podrás correr inquieto y libre
y límpido y abierto:
te ensuciarán y te atarán los hombres
si te vas allá lejos.

Y el río: Madre, sé toda la dicha
que aquí dejo,
y la pena a que voy, pero me aguarda
el azul infinito del Océano!

POESÍA

Gusto de acíbar que cuajó en dulzura
y soledad en que encontré a mi alma;
siléncio que hizo a la palabra pura,
desierto en que brotó la fresca palma.

La palma, la dulzura y la palabra
no fueron para mí. . . : te las entrego,
como la abeja que sus mieles labra,
como la extraña música del ciego.

Me queda esta honda soledad callada
a la que Dios ha de traer su encanto:
sólo por El cambié yo por la nada
la divina riqueza de mi canto!

EL PUENTE

Palpita en ti la abierta primavera,
y tiembla el aire inmenso para el vuelo:
eres un ala trémula que se abre,
y ante ti, todo el mundo. . . o todo el Cielo!

Un mar de voces dulces te ha cercado
ingenua isla diminuta y sola:
no sabes la amargura y la mentira
que trae, engañadora, cada ola!

Cómo quisiera hacer de mi ansia muda
sobre el aire y el mar alado puente
por el que fuera hacia la altura, intacto,
tu inquieto corazón adolescente!

VUELO

Un hilo de agua
juguetón y cespó,
con un trémulo azul
y un canto ingenuo.

Un árbol alto, alto,
delgado y recto,
al que suben tan sólo
los pájaros y el viento.

Sobre un fondo de nubes
de un azul hondo y negro,
el azul transparente
del cielo.

Y... de improviso un pájaro
hiende el aire —los remos
tendidos
en la embriaguez del vuelo—.

Mi corazón, el árbol,
el monte, el hilo trémulo,
han abierto sus alas
y se han volado al cielo.

ALONDRAS

Mi corazón está lleno de canto.
Me pesa sobre el pecho mi canción:
en mis labios amargos la levanto
hasta tu corazón!

A tu herida, Maestro, se me vuela,
hecho grito y canción,
este vuelo de alondras que me duele
dentro del corazón!

NIEVE

1— Nieve Alegre

Nieve alegre que cae saltando
sobre el rojo chillón de los techos
y el asfalto luciente
y los árboles secos.

Nieve que borda un gobelino blanco
con mil copos pequeños.

—paracaídas blancos en que el agua
desciende balanceándose en el viento—.

Bolas limpias de nieve:
hoy se visten de blanco hasta los juegos,
nos salpican adentro y afuera
una escondida, silenciosa pena,
de blanco y de contento:

rumorosa alegría que recibe
a la nieve que cae en silencio.

Nieve: alma limpia. Extasis
sobre el mundo sereno.

2— Nieve triste

Ultimos copos húmedos de lluvia
que se deshacen al tocar el suelo.

Nieve de las calles
amontonada por los barrenderos.

Nieve: alma negra. Barro
aterido en el suelo.

Nieve triste
amontonada por los barrenderos.

Barro triste y sin nombre
con nostalgias de cielo!

NEVADA

Esta noche los campos han dormido
bajo un manto de paz y de blancura
—un regalo de Dios, entretejido
en el silencio de la noche oscura—.

Todo dormía
mientras caía
muy blanca y leve
la hermana nieve.

La luz vino a jugar esta mañana
en nuestro patio, blanco y silencioso,
con la voz matinal de la campana:
y eran la luz y el són un mismo gozo.

Todo reía
con la alegría
inesperada
de la nevada.

Las plantas del jardín han florecido
copos de nieve, como grandes rosas:
la pureza del cielo ha bendecido
a esta paz inocente de las cosas.

La tierra— hoy vida
blanca y dormida—
ha dado a mi alma
su inmensa calma.

Ante el paisaje —de alba luz vestido—
he adorado a mi Dios, tan grande y bueno,
y —al cerrar mi ventana— yo he querido
ser cual la nieve, límpido y sereno.

Pasó la nieve
diáfana y leve
como un pequeño
pálido sueño.

**VENTANA
AL TIBER**

**MAÑANA
DE INVIERNO**

Y el río, buen amigo de los árboles
que retrata en su espejo,
protestará contra la triste saña
del viento
que ha dejado estas frentes de poetas,
desnudas, en silencio,
sin hojas y sin pájaros,
entre las manos blancas del invierno.

Anoche, junto al río
que en voz baja ofrecía su concierto,
las copas silenciosas de los árboles
temblaban en las manos del invierno.

Amanecer: la calle muda y yerta,
el suelo
cubierto de hojas rubias,
los árboles mirándose en silencio.

Cuando vuelvan los pájaros
—como ayer, al follaje tibio y denso—,
se quedarán mirando, con asombro,
desde el árbol escueto,
el oro del follaje
olvidado en el suelo.

CANCIÓN ESCONDIDA

Algo
que jubilosamente canta
en la fresca alegría
de todas las mañanas,

algo
que ingenuamente ríe
cuando se echan a vuelo
las campanas.

Eso
que se siente en el alma
cuando está azul y limpio
todo el cielo,

eso
que ilumina la frente
cuando adentro hay un blanco
limpio anhelo.

Algo
que va cantando el agua

por los campos abiertos,
por las hondas barrancas,

algo
que duerme en el perfume
desde las campanillas
hasta las rosas blancas.

Eso
que guardan las lagunas
en las diafanidades
de sus claros espejos,

eso
que dejan en el alma
los paisajes amigos
en los caminos viejos.

Algo muy hondo
que palpita en la calma
de las noches serenas:

¡oh canción escondida
que van cantando todas
las cosas buenas!

MI CANTO

Hermana nieve, silenciosa y pura,
son mudos tus fulgores solitarios
si un alma no refleja tu blancura...

hermana nieve de los montes altos,
ven a cantar en el laúd de mi alma
tu inviolada canción!

Me han inquietado, estrella, tus anhelos,
tu silencioso titilar, tu angustia,
en la sombra serena de los cielos...

hermana estrella de los cielos puros,
ven con tu luz a modular en mi alma
una clara canción!

Tu casto aroma, diminuto hermano,
cuando embalsama los desiertos valles
se pierde en el silencio de lo arcano...

hermano lirio de los campos buenos,
ven a cantar con tu perfume en mi alma
una leve canción!

Tu apacible, monótono ruido
se convierte en mi alma en melodía
de un hondo, limpidísimo sentido...

hermana fuente de la huraña sierra,
ven con tu linfa a modular en mi alma
una dulce canción!

Cuando vuela en los aires tu alegría,
buscas un alma soñadora y sola
para cantar tu libre melodía...

hermana brisa, juguetona e inquieta,
ven a cantar ingenuamente en mi alma
una alegre canción!

En mi canto tu voz, libre y salvaje,
—libre como en tus campos sin confines—
tu voz, temblor y canto del paisaje...

viento, mi hermano indómito y huraño,
ven a llenar la soledad de mi alma
de tu libre canción!

SINFONÍA DEL CAMINO

El camino, de gris,
cansado
va silbando su vieja canción de la esperanza.

El río, de azul,
va golpeando en las piedras
sus aguas, lavándolas, cantando.

La selva, de verde,
agita, jugando,
las alegres maracas de sus hojas al viento.

Un pájaro, de rojo,
ensaya un solo tímido
desde un árbol al borde del sendero.

El cielo, de blanco y azul,
destila en el silencio
su música de paz y nostalgia infinita.

CESTO

La manzana, la lima,
el limón, arrullados
por la fragancia y la canción del río,

dulzuras subterráneas
del corazón profundo de la tierra
que trepan por escalas de raíces
para dorarse al fuego
del sol imbaya:

entre los dedos ásperos del cesto
esperan
-acre dulzura, sol, color-,

nos miran,
color de tiempo y de nostalgia
de otros ríos,
de otros soles lejanos.

ENSUEÑO

Ensueño:
alas azules
como los recuerdos,
como las distancias.

Como las cosas que se ven de lejos
sobre los grises límites de afuera
y sobre el plano ilímite de adentro.

Vaga silueta de las inquietudes
ensueño,
ilimitado y hondo cual los mares,
abierto y maternal como los cielos.

Ensueño: ojos que miran
hacia horizontes nuevos:

ojos a los que asoma la tortura
del corazón inquieto
que tiene miedo del amor de Cristo
y lo llama gritando sus anhelos.

CANTO DE LA NOCHE

Dulce, vibrante, melodiosa, oscura
palabra de la noche

en que suena la voz de la cascada
sin luz, música pura;

del despertar obscuro de la selva
que comienza a cantar su coro bárbaro,
tímido y salvaje:
el suave fondo trémulo de insectos,
limpias voces de pájaros,
contrabajos profundos de rugidos,
notas hondas, sin nombre
del alma oscura, extraña, de la selva.

Del mar sin olas, sin espumas,
sin azul y sin sangre en el lindero,
sin blancos triángulos
que dulcemente cabecean:

sólo un inmenso y negro palpitar de vida
cruzado por relámpagos
que olvidó el sol, y peces luminosos:

sinfonía que tiembla en los violines de las olas
bajo el arco del viento
guiada por las manos invisibles
del Angel de la noche:

canciones del origen de la vida,
del navegar incierto de los nombres,
de la esperanza viva
de los que surgirán un día de las olas
a la canción final de las trompetas.

Del pulso silencioso de la vida
que pareciera haberse detenido
en los campos cuidados por el hombre:

música suave
de canciones de cuna,
de cantos de dolor y de alegría
y guitarra de amor y de esperanza.

De los miles de estrellas
que sólo sacan su canción de luz
del corazón de sombras de la noche:

dulce, vibrante, melodiosa, oscura
canción que llega hasta el oído atento
de Dios que ama la palabra pura
y honda de la noche.

LA CARPA

Llego al borde del desierto,
solo,
cansado
de hablar y caminar.

La inmensidad
gris y azul, sola,
se ha estremecido con un canto suave
sin palabras,
ardiente como el viento del desierto.

Sólo una carpa pequeña
armada en medio de la soledad.

Me siento a su entrada:
sé que es la Carpa del Encuentro
que Tú no dejas nunca
-aunque todo esto esté hundido
en soledad y silencio-
porque alguien puede llegar,
muerto de sed, para pedirte
que le des de beber.

No quiero
y no puedo decir nada.
Sólo tratar de mirarte
y que Tú mires en mis ojos,
recién abiertos de nuevo,
el amor
como este viento del desierto
que quema,
y el abandono
de todo
en tus manos abiertas
que me esperan.

Cuando vuelva a las carpas
de mis hermanos
en donde hay también soledad,
espero que puedan decir:
¿no hay algo en sus ojos?
¿habrá pasado
por la Carpa del Encuentro?

LA CASA

Salí, entre las columnas
de jaspe, el suelo transparente,
las puertas de diamante
-entre filas de ángeles-,
los ojos aún dormidos,
llevado en brazos de un amor despierto;
sin voz, desnudo, son saber cómo era
la Casa de mi Padre.

Y comencé a marchar -la mano
suave y segura me llevó unos días-.

Y se abrieron mis ojos: las columnas
de madera olorosa, los diamantes
altos, lejanos; suelos transparentes
y líquidos; criaturas
bellas y extrañas, sin voz, como yo era
al principio. Pero ahora
un pájaro cantaba en mi garganta
y yo oía otros cantos, y entendía
una palabra nueva y viva: hermano.

Junto a la cinta móvil del camino
inmóviles las casas de los hombres.
Yo no tenía casa: en la mochila
que alguien puso en mi espalda
hallé una carpa. Yo la fuí armando
y desarmando junto a los caminos:

a veces en la plaza
-música, prisa, multitud que esquiva
la soledad inmóvil y el silencio
en donde nace la nostalgia extraña
de una Casa
de la que uno salió sin conocerla-

A veces a la orilla
del agua que se va, o del agua
-horizonte, llamada, sueño, inmenso
venero de la vida-

O al borde del desierto
desnudo y esencial, sólo llamada
-sin rutas ni linderos- al silencio
en que pasa una Voz, como un susurro.

Y otras carpas se armaron, fraternales,
junto a la mía y compartimos todo:
el pan, el canto, la ilusión, la angustia,
la fe, el dolor, la duda y la esperanza,
la pobreza, la paz y la alegría,
el pan y el vino humildes de la tierra
y los de la nostalgia de la Casa.

Y en la noche embrujada
en que el misterio es canto acompañado
por la total guitarra de la tierra
fui aprendiendo, asombrado,
que el Dueño de la Casa fulgurante
a la que volveré
algún día, es mi Padre;
y que Dios arma y desarma
en mis mismos caminos una carpa
como la mía; y el soplo que estremece
el desierto y el alma es el susurro
de luz, de amor, de vida del Espíritu.

Y todo mi camino es un camino
de regreso, y un día
he de llegar, casi desnudo, exhausto,
descalzo, con mi carpa
gastada y remendada, y en los ojos
una ilusión sin nombre y sin riberas
a la Casa
de la que, sin saber, me alejé un día.

MORRAL

Un árbol,
el agua azul de un cielo transparente.

Un lucero,
una nube que navega solitaria,
una brizna de viento,
y un silencio
que ha amasado la tarde
con levadura de çansancio.

Una voz
más allá del viento,
con raíces en el corazón
donde está escondida tu Presencia.

Todo eso lo guardo
en mi morral
de soledad verdadera
para cuando me encuentre en medio
de la soledad de los hombres.

EL COFRE

Madrugador, un ángel
ha abierto el cofre de la madrugada
forrado en terciopelo verde oscuro,
bordado absurdo de la mar amarga,
altos encajes blancos
de espumas y montañas.

Arriba, sólo azul, azul absorto,
azul que piensa y calla.

La guarda todo este cristal intacto
de alto silencio y soledad tan alta.

Y adentro, nada más: sólo el diamante
del lucero del alba.

EL VIOLÍN

La tierra
soñó en hablar con el cielo,

ver la línea azul que lanza
las cabalgatas del viento,
y tener, como los mares,
un dulce violín inmenso.

Y en sus entrañas de oro
se forjaron los anhelos
que con sus mínimas lanzas
la costra dura rompieron.

Los árboles suben, suben
con las alas hacia el cielo. . .
pero los tiene la tierra
—inmensos pájaros presos!—

Desde sus frentes erguidas
la tierra miró a los cielos,

sintió la caricia **amarg**
del océano.

Y, cuando huía del **alba**
la noche en su **potro negro**,

de los eucaliptos mudos
pasó en el cordaje tenso
el arco nervioso y súbito
del viento:

y tuvo la tierra muda
para hablar con Dios y el cielo
—como los mares amargos—
un dulce violín inmenso.

MÚSICA

Oh voz de todo cuanto
no tiene voz! Proscrito
pájaro en el que vuela y se hace canto
nuestra agria voz, enferma de infinito.

Oh cauce para el llanto
que busca el mar! Bendito
regazo en que se hunde el desencanto
y la ilusión de todo humano grito.

Cuando tus suaves remos concertados
golpean el azul, siento que vela
sobre mi barca sola el dulce Dueño.

Y en tus serenos números alados,
fuera del tiempo y del espacio, vuela
el amor, como un pájaro sin sueño.

LA ALONDRA HERIDA

Tengo un grito encerrado que levanta
la cicatriz del alma dolorida.
Un grito que me araña la garganta
y en que quiere salir toda mi vida.

Solitario dolor en el que canta
otra vez mi ilusión —alondra herida—
que en su prisión de soledad se espanta
de su grito sin eco y sin salida.

. . . Cómo rompió la cárcel? Qué hondas ansias
me devolvieron, sobre los escombros
de silencios, tinieblas y distancias,

mis pupilas de ensueños y de asombros,
las ingenuas y tímidas fragancias
y estas alas que tiemblan en mis hombros?

EL AUTOR

Carlos Suárez Veintimilla nació el 16 de junio de 1911. Fueron sus padres el Dr. Rafael Suárez España y Dña. Matilde Veintimilla García. Sus estudios los realizó en el jardín de infantes de las Hnas. de la Caridad de Ibarra; la primaria en la escuela del Seminario de San Diego, los dos últimos años, bajo la dirección de los Hnos. Cristianos; la secundaria en el Seminario Menor San Diego, hasta cuarto curso. A los 16 años, en 1927, fue enviado a Roma por Mons. Alberto Ordóñez, Obispo de Ibarra. En Roma estudió los tres años de Filosofía en la Universidad Gregoriana, obteniendo el título de doctor en Filosofía, y luego estudió cuatro años de Teología, obteniendo la licenciatura. Se ordenó de sacerdote el 28 de octubre de 1934. Estudió después cuatro años de Derecho Canónico, obteniendo el doctorado.

Permaneció una temporada en Bélgica, en estudios de la Organización de la JOC (Juventud Obrera Católica) con el fundador, Mons. José Cardijn. Regresó al Ecuador en octubre de 1938, a su tierra natal, Ibarra, después de 11 años de permanencia en Roma.

Inició su trabajo pastoral en octubre de 1938. Fue capellán y profesor del Colegio Sagrado Corazón de Ibarra, y profesor del Colegio Sánchez y Cifuentes, recientemente fundado, en los que permaneció 17 años. El último año fue rector del Colegio Sánchez. Fue también profesor del Colegio Seminario San Diego de Ibarra.

Colaboró con la fundación del Instituto Secular “Nuestra Señora de Fátima”, en el año 1950, siendo su asesor desde su fundación. Fundó el Colegio Nuestra Señora de Fátima en el año 1956, en el que fue Rector durante veinte años.

Durante todos estos años hasta la fundación del colegio, trabajó en pastoral juvenil primero, la organización y conducción de la Brigada Scout en el Colegio Sagrado Corazón, y después creó la JOC (Juventud Obrera Católica) en Ibarra, con Mons. Leonidas Proaño. Este movimiento se extendió a ocho provincias del país. Fue nombrado asesor nacional de la JOC por la asamblea del movimiento. Trabajó en la JEC (Juventud Estudiantil Católica) masculina y femenina y en la LEC (Liga de Empleadas Católicas) en calidad de asesor.

Durante quince años perteneció al grupo de jóvenes sacerdotes que mantuvieron una estrecha amistad y colaboración, al que le denominó la gente “el cuadrilátero”. Mantuvo durante diez años una hora radial semanal llamada “la hora católica”, con la colaboración de los Hnos. Cristianos.

Pertenece a la Academia Ecuatoriana de la Lengua desde 1971, a la Casa de la Cultura núcleo de Imbabura, y a la Academia Mariana del Ecuador.

Ha publicado las siguientes obras: *Caminos del Corazón inquieto*, *Cuadernos de ausencia y de presencia*, *Alondras*, *Las Horas*, *Cinco cantos de soledad*, *Serenata a la Virgen*, *Poesía*, obra completa, *Imbabura. Colección de poemas del paisaje de Imbabura*, *Nazareth*, prosa; además de su presencia en el libro *Antología de la poesía religiosa del siglo XX*, publicado en España.